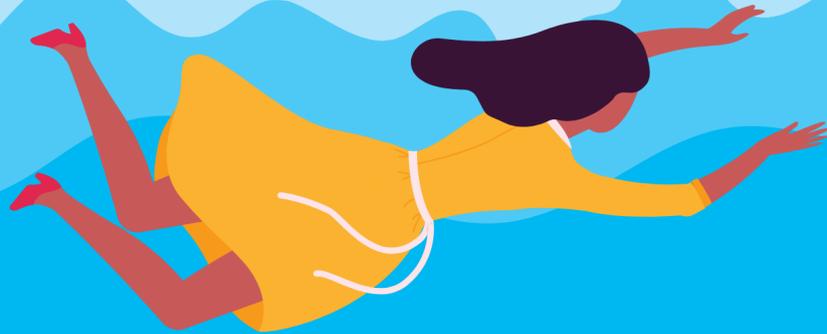


La Magia Del Agua

Lucia Camacho Iglesias

*AL OTRO LADO DEL CHARCO*

# LA MAGIA DEL AGUA



**LUCÍA CAMACHO**

*UN LIBRO DE FANTASÍA*

# Capítulo 1

## **Prefacio.**

En los frondosos bosques de Tlalocan, la tormenta transcurría sin cesar, en aquella preciosa isla primaveral rodeada de montañas y espesas nubes que jamás dejaban ver lo que acontecía en su interior. El galopar de un caballo negro con trenzas en su pelaje se escuchaba a lo lejos, su jinete era gran conocedora de aquellas tierras, una de las primeras creaciones de su señor, la única mujer con coraje entre los suyos, además, también la única que se atrevía a cuestionar las órdenes del creador de todo lo que conocían, fiel a la reina caída. Su cabello era oscuro, negro como la noche que pronto la acecharía, ojos grises con cierto destello azulado. Vestía una larga túnica blanca y en su regazo protegía aquello por lo que sería condenada.

El llanto de un niño se escuchó en aquella turbia noche, delatando su posición. Pronto los seguidores de Tlaloc la rodearon, cayendo del cielo, como si de lluvia se tratase. Las dagas volaron por el viento, y ella se vio obligada a echarse hacia atrás, para evitar que cortasen su cabellera, volviendo a su estado original con rapidez.

- “Allora” – resonó en el viento, haciendo que todo se detuviese a su alrededor, incluso los guerreros que debían darle caza. Pero ella no podía detenerse a mirar, tan sólo debía poner a salvo a su hija.

Un nuevo ser había sido creado, algo que alteraba las leyes de nuestro mundo, con todo el poder de Júpiter y todas las debilidades de los humanos. Ni siquiera ella misma conocía la extensión que tendrían los poderes de su pequeña, era mucho mejor ocultarla en un mundo dónde no existiesen los fenómenos paranormales, lejos de su propia especie, de la isla del dios de la lluvia, el lugar en el que vivía.

- “Vuelve” – volvió a escuchar la voz de su padre, su señor, el ser que la había creado, a ella, un ser sobrenatural llamado Tlaloque, cuya función era proporcionar lluvia a los distintos lugares del universo.

Durante años no hizo más que obedecer las órdenes de su padre, ser aquello para lo que fue creada, pero entonces llegó él, un hombre mortal, que hizo que se replantease su razón de ser. El amor. Ese sentimiento que los seres como ella no tenían permitido albergar, pero lo hacía, quizás ser hija de la diosa del amor lo había propiciado.

Varsha era el fruto de ese amor. La unión entre una de las guías de la lluvia y un simple mortal.

- “Si vuelves ahora no habrá castigo para ti” – insistió esa potente voz, pero la joven estaba lejos de dar media vuelta y aceptar ese trato, más cuando sabía que la vida de su hija era mucho más importante que cualquier otra cosa. Si salvaba a su hija podría

salvarle también a él, el único hombre al que había amado.

Azuzó al caballo para que fuese un poco más rápido, necesitaba llegar al final de aquel camino antes de que su padre la detuviese. Su cabello se ondeaba con el viento, mientras la lluvia seguía suspendida en el aire, detenida por esa fuerza superior. El dios de toda ella.

Acurrucó a su pequeña en aquel manto negro con el emblema de aquel lugar, y vio a lo lejos la estatua del ritual, sólo un poco más y llegaría a la puerta que conectaba mundos. Sabía que si estaba en lo cierto su hija no la necesitaría para llegar al otro lado, pero ni siquiera estaba segura aún de si ella sería una Nyamb (nacida durante la lluvia, así era cómo se conocía en ese mundo a los viajeros).

Una fuerza superior tiró de ella, bajándola del caballo, deteniéndola frente a la estatuilla, mientras una figura varonil muy antigua aparecía de la nada. Llevaba una larga túnica oscura que apenas dejaba ver su rostro y un cetro de madera con extraños símbolos. Ella sabía exactamente quién era él.

- Entrégamelo – pidió con voz alta y clara. Era él, el dios de la lluvia, el creador de su mundo, y de ella misma, su padre – ese engendro debe ser destruido.

Se aferró a su hija, aterrada, mientras la lluvia volvía a caer sobre ellos, y ella se impacientaba. Estaba tan sólo a un par de pasos de la puerta, pero no podía atravesarla, pues su padre jamás se lo permitiría.

Las gotas de lluvia resonaron entonces en su cabeza, en eco, repitiéndose sin cesar, justo al caer sobre el gran charco que tenía delante. Quizás era la señal que esperaba, quizás ese algo que le indicase que tendría otra salida. Recordó entonces la voz de ese chico, ese que murió hacía ya tanto, en la guerra que tuvo lugar antes de que todo se volviese gris.

Lo recordaba como si fuese el día anterior, a ese muchacho que a simple vista no parecía más que un pelele, pero que en el fondo era mucho más.

*En el jardín Eterna Primavera se encontraba acariciando las flores tras una nueva oleada de lluvias, mientras su padre se ausentaba para atender asuntos del reino, parecía que las nuevas criaturas que había creado, estaban dando muchos problemas por el lugar. Su madre estaba preocupada e hizo llamar a los brujos, necesitaba nuevas profecías que le indicasen que todo iba a salir bien. Sus hermanos se preparaban para llevar nuevas precipitaciones a los distintos lugares que las necesitaban. Ella, por el contrario, se quedó a recibir una nueva estación.*

*Un chapoteo en eco la hizo girar la cabeza hacia el pozo de la entrada, observando allí a un hombre, que no había estado allí con anterioridad. Ambos se miraron, sintiendo una extraña sensación, como si ya se conociesen de antes, como si aquello fuese un sueño.*

Recién entendía esas palabras que fueron pronunciadas hace tanto. Lo supo entonces, él lo sabía, que llegaría un día en el que debía dejar marchar a su hija a través de la lluvia, de uno de esos portales, ponerla a salvo de su propio mundo. Lo que más le inquietaba en ese momento era... ¿cómo podía él saberlo? ¿cómo es que conocía el futuro? Se suponía que los Nyambs no tenían ese poder.

- No – se quejó aquel ser, en cuánto adivinó cuál sería el nuevo camino que su hija tomaría, pero antes de haber si quiera podido alcanzarla, la mujer lanzó al bebé por los aires, este sobrevoló el espacio entre ellos, haciendo piruetas en el aire, aún envuelto en su manto oscuro, aceptando el destino que su propia madre había preparado para ella, dejando que la lluvia incidiese en su cabecita, sin estar ni un poco asustada al respecto, para luego caer. Porque todo lo que sube en algún momento tiene que bajar.

La mano de Allora detuvo cualquier decisión de su padre, una fuerza transparente protegió a su hija, y dejó que cayese sobre el gran charco de agua que había entre ambos. Cualquier mortal que hubiese visto la escena esperaba que el bebé cayese y se hiciese daño, incluso podría golpearse la cabeza y morir. Pero eso jamás pasó. La pequeña bebida atravesó el charco, como si este fuese una puerta a otra dimensión, y en cierta forma lo era, pero ni siquiera sabéis hasta qué punto.

La mujer sonrió, agradecida de haberlo logrado, mientras su padre maldecía y observaba como los guardianes apresaban a su creación favorita.

*"Encuéntrale, protégele. Tú eres la única que puede hacerlo"* – pensó antes de ser apresada por su propia especie.

Por otra parte, en un lugar distinto, en la bonita localidad de Redwood, California, en el bosque de altas secuoyas, llovía sin cesar, mientras Robin

y sus amigos volvían a casa después de un productivo día de trabajo en el muelle.

Uno de los charcos del camino vibró de una forma especial, como si algo estuviese por suceder, lejos de ojos humanos. Un bebé atravesó la superficie del charco, como si este fuese mucho más hondo de lo que parecía a simple vista, voló por encima de él y cayó sobre la tierra, haciendo que la pequeña llorase sobrecogida con toda la fuerza que le permitían sus pulmones, llamando entonces la atención de Robin y sus amigos, descubriéndola.

Pero ... ¿a dónde habían ido sus padres? ¿Cómo se les ocurría dejar a un bebé en el bosque con la que estaba cayendo?

No hizo falta responder a ninguna de esas preguntas, pues tan pronto como reconoció el emblema que había bordado en su manto lo entendió, quién era perfectamente esa niña, el nombre de su madre, incluso por qué la habían abandonado a su suerte.

## Capítulo 2

Curiosidades y Glosario a tener en cuenta antes de leer:

-Tlalocan-

Lugar dónde transcurre parte de la acción, ese lugar que comúnmente algunos llaman el reino de la eterna primavera, dividido en tres partes.

Por una parte, en el norte de la isla, se encuentran las montañas nevadas y la diosa Xochiquetzal, en la gran fortaleza helada, castigada a vivir eternamente por la traición cometida.

En segundo lugar, el gran bosque de transcurso, donde se encuentran los surcos (charcos) que jamás se secan y los cielos cubiertos de nubes, a veces, en las noches, bajan tanto que se convierten en una espesa niebla en la que es imposible caminar. Este es el lugar en el que viven las criaturas del agua, las almas que murieron en la mar y cualquier criatura que no puede descansar en paz.

Y, por último, se encuentra la ciudadela, el lugar dónde jamás deja de ser primavera, dónde viven la mayoría de los seres que Tlaloc ha creado. Entre ellos podemos encontrar los siguientes: los Nyambbs, los Tupack, los Ihicaminas, los Ohtlis, los Tlaloques y el Xiutecuithli, pero hay muchas más criaturas.

Curiosidad: Según los aztecas este era el cuarto cielo, el reino de Tlaloc. No es exactamente cómo lo describí, la mayoría es de mi invención.

La acción transcurre en Redwood (al norte de California) y un lugar inventado llamado Tlalocan, inspirado en leyendas aztecas.

-Tlalockes-

(Guías de las Tormentas)

Son criaturas sobrenaturales creados por Tlaloc. Son los encargados de guiar a las tormentas y la lluvia a la tierra, a sus distintos destinos.

Al principio de los tiempos, con la creación de la isla, se crearon solo 6, y fueron denominados por su creador los príncipes del reino. Fueron venerados y respetados por el resto de criaturas que allí habitaban, hasta el destierro de Xochiquetzal, momento en el que se les acometió otro tipo

de responsabilidades.

Entre sus poderes están el de crear tormentas y guiarlas a su destino, viajar por los cielos en su forma celestial y manejar la lluvia.

-Nyambs-

(Viajeros)

Antes del destierro de Xochiquetzal a las montañas heladas, existían infinidad de ellos. Eran los encargados de viajar entre mundos a través de portales acuosos para informar a su señor de las sequías, para que este pudiese mandar a los Tlaloques a hacer su cometido.

Después que la diosa se marchase, existió una gran guerra de todas las criaturas sobrenaturales en contra de un ser oscuro. Fueron estos seres los que dieron su vida para capturar al Xiutecuithli, despojarlos de sus poderes y encerrarlo en las profundidades de una cueva.

Hoy día, existen muy pocos, y están en peligro de extinción, pues después de la batalla perdieron gran parte de sus poderes, y se debilitan con cada viaje al exterior.

Son los únicos capaces de dominar el Nauac, una sustancia azulada muy vertiginosa, que puede usarse como escudo protector, como una poderosa arma, incluso para fomentar los viajes en los distintos portales dentro de un mismo mundo.

-Xochiquetzal-

(Diosa del Amor)

Se casó con el dios de la lluvia y tuvieron un reinado de paz durante siglos, hasta que ella cometió un terrible error, se vio a escondidas con el dios de Piltzintecuthli (el primer hijo de los humanos) y tuvieron un romance muy corto.

Fue desterrada al reino nevado de las montañas del norte, y se resguarda de él en una fortaleza de hielo, dónde vive cada día, con la única compañía de sus profecías (enormes bolas heladas con secretos del futuro). Cada una de estas bolas, tiene, además, un cristal-talismán que deberá llevar el protagonista de esa historia en su poder.

Su única compañía son sus espías, que vienen a visitarla cada vez que tienen ocasión.

-Topack / Tupoc-

(Guerreros)

Son los protectores del reino.

Tienen la capacidad de tergiversar la visión de los demás, haciéndoles ver cosas que no son reales, además de ser los mejores en la lucha.

Existen multitud de estos seres, y son fieles al dios de la lluvia.

-Ihicaminas-

(Brujos)

Fueron creados para ayudar a su señora con las profecías, pero con el tiempo tomaron su poder para mantener la isla oculta de los radares humanos. Son los responsables de que la nieve no deje de caer en las montañas del norte, de que los espíritus y seres que habitan en la zona de transición no puedan pasar ni a la zona norte, ni a la ciudadela, y de que la primavera jamás termine en la ciudadela.

Hay tres grandes brujos en Tlalocan, cada uno de ellos debe cuidar de una de las zonas de la isla, y los tres tienen el mismo aspecto, hablan en eco y al mismo tiempo, aunque estén en lugares distintos. Poseen la mente abierta, no existen secretos entre ellos, y pueden incluso leer la mente de aquellos que osen desafiarlos.

Su mayor arma es la verdad, y no dudan en usarla si así lo requiere su señor.

Los brujos son ancianos, pero durante siglos han tenido la misma apariencia, la de tres niños hindús con largas túnicas amarillas.

-Ohtlis-

(Demonios)

No son todos iguales, los hay de diferentes formas, todo depende del grado de maldad que albergue en ellos. Pero todos tienen algo en común, sus ojos son negros, sin absolutamente nada blanco en ellos, y la maldad que emana de ellos es tal, que con su sola presencia ya causa pavor entre sus semejantes.

Actualmente, quedan muy pocos, la mayoría están encerrados en las mazmorras del castillo de Tlaloc, una fortaleza incapaz de penetrar, para el que no conoce esos laberínticos pasillos cerca de las cloacas.

Pueden cambiar de aspecto a placer, al menos podían hacerlo cuando estaban libres. Ahora mismo, dentro de las mazmorras no tienen poder.

Los más conocidos son Xiutecuithli (el caballero de fuego), que fue encerrado en la cueva sin sol. Itzmin (la serpiente de trueno) encerrada en las mazmorras junto a Yuma (el toro supremo).

-Última llama de Xiutecuithli-

Está guardada en la espada sagrada del Nyamb llamado Yetzel, uno de los que murieron en la gran batalla, capturó los poderes del demonio en el interior de su hoja.

Fue escondida por el mismísimo Tlaloc en un remoto lugar, y hoy día, nadie conoce su paradero.

-Ichtaka-

Es una de las espías de la diosa del amor. Tendrá un papel importante en la historia.

Tiene la apariencia de una anciana coreana en el templo, pero en realidad es un Tupok (guerrero).

-Huitzilopochtli y Atl-

(Demonio de Fuego y Demonio de Agua)

Sólo aparecen sin son llamados por su señor, tomando ambos figuras humanas de fuego y de gua, respectivamente.

## Capítulo 3

### Capítulo 1 – Un reflejo distinto.

*23 años después.*

Llovía a mares esa tarde, en el alejado bosque de Redwood, al norte de California, un lugar que adoraba, dónde se encontraba mi propio hogar. Vivía en una cabaña con goteras, de hecho, era de lo más divertido, siempre tenía que poner cubos de plástico y ollas por todo el lugar para evitar que el suelo se mojase. No era algo que me preocupase, la lluvia, o coger un resfriado, debo admitir que me gustaba cuando llovía. Me relajaba en exceso, aunque, reconozco, que siempre me sentía algo melancólica cuando lo hacía, como si me recordase a algo triste.

Papá no debía tardar, había tenido que ir al pueblo a por provisiones, se nos habían acabado los cereales, y me vuelvo un poco irascible sin ellos, debo admitir.

Sólo estábamos él y yo, nunca tuve la oportunidad de conocer a mi madre. Él solía hablarme de ella todo el tiempo. Decía que se parecía mucho a mí, tenía el cabello tan oscuro como el mío, los ojos con el mismo destello azulado y había heredado su humor, siempre estaba sonriendo. Solía decir también que mamá adoraba la lluvia, y que sólo se encontraban cuando lo hacía. Saber de ella siempre calentaba mi corazón, aunque jamás me decía qué fue de ella, desapareció sin más, y me dejó con él, eso era lo único que sabía al respecto.

Ya empezáis a entender por qué adoraba la lluvia ¿no? Era lo único que de alguna forma me acercaba más a ella, pero al mismo tiempo me traía la tristeza de no haber podido conocerla nunca.

Papá jamás me dejaba salir de casa sin chubasquero, botas de agua y mi inseparable paraguas amarillo cuando llovía, decía que era peligroso, que hacía frío, que podía coger un resfriado, si no llevaba conmigo a mis tres inseparables. A mí jamás me aterró nada de eso, adoraba el olor a tierra mojada que se colaba debajo de la puerta y las ventanas.

Cuando era pequeña su actitud era un misterio para mí, con el paso de los años me acostumbré y dejé de interesarme al respecto.

Sacudí la cabeza, intentando dejar mis pensamientos fuera de mi mente, y seguí preparando la cena. Pronto anochecería, papá volvería, tendríamos un gran festín y nos marcharíamos a dormir, despidiendo aquel día. Pero Eleanor no iba a dejar que terminase el día sin venir a

saludar.

Eleanor era mi amiga, todo lo opuesto a mí. Rubia de ojos verdes, labios voluminosos, y muy guapa, aunque de mi misma estatura, y casi tan parecida a mí en forma de ser, aunque ella era más alocada que yo, siempre incitándome a salir de casa.

- Vamos – insistió – casi ha escampado, incluso ha salido el sol, te perderás el arcoíris si te quedas en casa – apreté la puerta con los dedos y miré hacia el fuego. Caminé hacia él, lo apagué, retiré la olla con la comida de él y luego lo tapé con una tapadera - ¿estás lista? – sonreí, agradecida, agarré el chubasquero dispuesta a ponérmelo y las botas de agua – sólo va a ser un momento – se quejó, tirando de mi mano hacia afuera – no vas a mojarte.

Una sensación de pérdida me albergaba, jamás había salido de casa sin mi inseparable pack anti lluvia, y fue raro salir sin él. Pero en cuanto presencié aquel escenario me olvidé de todo. Era hermoso, lloviznaba, pequeñas gotas que aún se sostenían sobre las hojas de los árboles, mientras el sol incidía sobre ellas, dotándolas de un brillo especial. Sonreí, maravillada, observando entonces el arcoíris del que Eleanor hablaba. Era un paisaje precioso, allá a lo lejos, detrás de las montañas, en dirección al mar.

Seguí a mi amiga, parecía que quería enseñarme un lugar en el que poder apreciarlo mucho mejor, pero iba tan rápido que apenas me daba tiempo a esquivar los charcos que nos encontrábamos por el camino.

- Tu padre te tiene cautiva – bromeó, haciéndome reír. Le eché una de mis miradas, y le di un manotazo en el brazo, con mi mano libre.

- Sólo es protector – contesté.

- Demasiado – se quejó – Y mira el lugar en el que te tiene, una cabaña llena de agujeros, ¿crees que eso es un hogar? – me encogí de hombros, sin querer darle importancia.

- Él no quiere marcharse – le dije, observando el agua de los charcos, quedándome mirando a uno de ellos por un momento había podido jurar que el reflejo que me devolvía no era el mismo que el lugar en el que me encontraba, pero no le di importancia y seguía avanzando – creo que en el fondo sigue esperándola a ella.

- Han pasado 23 años, es obvio que tu madre no va a volver – se quejó, deteniéndose en seco, tan pronto como llegamos al mirador. Se cruzó de brazos y dejó que yo apreciase la belleza de aquel lugar – Es bonito ¿a qué sí? – preguntó. No respondí, me había quedado plenamente maravillada. Unas maravillosas vistas podían verse desde ahí,

la lluvia había cesado, y en aquel lugar el sol se encargaba de secar la humedad que lo rodeaba.

La suave brisa acariciaba mi piel, las nubes se apartaban para dejar paso al sol, y una sensación de paz me embargaba, como si de algún modo me hubiese sentido atrapada durante mucho tiempo.

- Podrías venirte luego a casa a estudiar – escuchaba a Eleanor – podríamos escaparnos e ir a algún lugar.

- Tengo responsabilidades, ya lo sabes – contesté, pensando en papá. Iba a preocuparse mucho si volvía a casa y no me veía allí – deberíamos volver.

- Deberías relajarte – se quejaba mi amiga, cruzándose de brazos, siguiéndome hacia la cabaña. Miré hacia el suelo, despreocupada, observando las ondas en uno de los charcos, como si algo estuviese por suceder, alterando la calma de aquellas aguas. Ya ni siquiera podía escuchar la voz de mi amiga, o los calmados sonidos del bosque, era como si el agua me estuviese llamando, cuando quise darme cuenta estaba agachada junto al charco, y mi mano a tan sólo un par de centímetros de él - ¿qué es lo que pasa? – me dijo, mientras yo giraba la cabeza para observarla y luego me fijaba de nuevo en el charco. Era extraño, pero el reflejo que podía verse en él no coincidía con el paisaje que nos rodeaba.

- ¿qué es eso? – pregunté, al ver lo que parecía ser una extraña edificación de piedra, como una gran pirámide escalonada, pero dada la vuelta, como si la estuviésemos viendo desde abajo – parece una pirámide.

- Yo no veo nada – contestó Eleanor - ¿En serio vas a meter la mano ahí? – preguntó al ver mis intenciones.

- ¿De verdad no lo ves? – insistí, porque me parecía una locura, para mí era tan claro como que el sol es brillante y la noche oscura. Ella negó, sin entender a lo que me refería y entonces una voz resonó en el lugar.

- ¡Varsha! – gritó papá, llegando hasta nosotras, haciendo que mirase hacia él, aún en cuchillas, sin comprender por qué estaba tan enfadado – Es peligroso salir cuando llueve, ¿sabes si quiera lo peligroso que es salir sin tu chubasquero y tus botas de agua? El suelo está aún mojado, podrías resbalarte, darte un golpe en la cabeza con una roca y morir.

- Estoy bien – contesté, poniéndome en pie, dando por terminada mi aventura, mirando una última vez hacia el charco, justo cuando mi amiga lo pisaba, enturbiando la escena.
- Volvamos a casa, he traído tus cereales favoritos – sonreí, encantada con esa noticia. Miró luego hacia Eleanor - ¿vienes con nosotros? – ella sonrió, agradecida, y los tres volvimos a casa.

Esquivar los charcos fue siempre mi deporte favorito, cuando era niña, aquella no fue una excepción, era la mejor evitando caer sobre ellos, pisarlos, mojarme los pies

La cena estuvo deliciosa, Eleanor se quedó para ver una película, y nos quedamos dormidas a la mitad. Siempre me aburríeron ese tipo de películas de héroes y princesas, eran con el mismo patrón. Una princesa en apuros que requería la acción de un hombre apuesto, un héroe que la salvaba al final. ¿Por qué tenía que ser salvada por un hombre? ¿Por qué no podía salvarse sola? ¿Acaso no tenía los medios para hacerlo? Si estuviese en el lugar de esas princesas, lo haría. Papá me enseñó desde bien niña a defenderme, así que, podría perfectamente ser autosuficiente.

*El sonido de una gota de agua cayendo sobre un charco me sacó de mis pensamientos, me abstraigo de la realidad, y me hizo soñar. Era extraño, estaba en el bosque, llovía y miles de charcos me rodeaban, sólo había una parte lo suficientemente seca, donde papá me observaba, con el miedo reflejado en sus ojos.*

*Quería calmarle, decirle que estaba a salvo, nada iba a pasarme. Entonces algo ocurrió, ya no podía escuchar las súplicas de papá porque volviese a su lado, tan sólo podía mirar como la lluvia se había detenido, para caer en la dirección contraria, se elevaba y se marchaba al cielo.*

*¿Por qué la lluvia funcionaba al revés?*

*Miré hacia el cielo, y entonces me sorprendí incluso más, el cielo no era más que un espejo acuoso, que se alteraba en distintas hondas cada vez que una gota subía hacia arriba, y caía sobre él. Pero ... ¿Cómo podían caer hacia arriba? La gravedad hace que las cosas caigan hacia abajo.*

*Esperaba verme reflejada en ese espejo, pero una vez más, las cosas no estaban siendo como deberían ser, era otra cosa lo que se reflejaba, otra persona. Una mujer con una larga túnica blanca cubriendo sus cabellos, en el lugar en el que estaba yo. Pero el bosque también era distinto al que*

*yo me encontraba, a pesar de estar lluvioso.*

- Varsha – me llamó mi amiga, intentando despertarme, pero yo no quería hacerlo aún, quería descubrir más sobre ese lugar de mi sueño – voy a marcharme ya.
- Déjala dormir – pidió papá. Ella asintió, besó mi mejilla, se despidió de papá y se marchó de casa, mientras yo seguía envuelta en aquel sueño.

## Capítulo 4

### Capítulo 2 – El otro lado.

Los cuervos era lo que podía escuchar en aquella mañana, mientras papá aún dormía. Hacía frío, más que de costumbre, quizás era un buen momento para encender la chimenea, pero apenas teníamos leña para hacerlo.

Salí a buscar algunos troncos, después de preparar un poco de café y dar un beso a papá. Sólo iban a ser un par de minutos, media hora como máximo, ni siquiera sabía que las cosas se complicarían tanto, así que, no llevé conmigo el chubasquero, las botas ni el paraguas.

La madera estaba aún mojada, parecía que en la noche había vuelto a llover, por lo que no podía llevar cualquier cosa. Con leña mojada el fuego no prende. Casi había desistido en mi tarea, cuando escuché una gota caer en uno de los charcos cercanos. Me acerqué a él, despreocupada, observándolo, a medida que me acercaba me iba dando cuenta de que no era igual que siempre, cuando me paraba a mirar su reflejo no podía verme reflejada en él, era otro lugar el que me devolvía la mirada.

Me coloqué de rodillas en el suelo, importándome bien poco manchar mis leotardos negros al hacerlo, apoyé también las manos a ambos lados del charco y acerqué mi cara un poco más, más que dispuesta a apreciarlo mejor.

- ¡No me digas que vas a meter la cabeza ahí dentro! – me sorprendió Caws, el mejor amigo de mi padre, como un tío para mí. Miré hacia él, me había dado un susto de muerte, y rompí a reír, sin poder evitarlo - ¿Aún está dormido? – asentí, él sonrió, divertido.

- Entra, hay café recién hecho.

Me dispuse a levantarme del suelo y seguí los pasos de mi tío, pero entonces el charco tembló, como si algo lo estuviese alterando. Me fijé de nuevo en él, y entonces lo vi, como si estuviese mirando a través del suelo, como si estuviese bocabajo. Había gente al otro lado, pero parecía ser una época distinta a la actual, la gente llevaba largas túnicas.

Sonreí, maravillada, atreviéndome a rozar el agua con los dedos, alterando ese espejismo.

¿Qué era eso? ¿Por qué podía ver eso en el interior de un charco? Tan sólo era un charco ¿verdad?

Decidida a salir de dudas metí la mano, esperando encontrar el tope que me impidiese seguir avanzando, pero este nunca llegó, eso me sorprendió demasiado, incluso perdí el equilibrio y sin apenas darme cuenta caí al charco.

¡Dios! Era una locura. No puedes caer a un charco tan poco profundo y ahogarte. Pero en ese momento era lo que me estaba sucediendo, era como si hubiese caído al mar, me estaba hundiendo.

Nadé con todas mis fuerzas por volver a salir a la superficie, pero había un maldito impulso que tiraba de mí hacia abajo. Luché una vez más, pero era en vano. Miré hacia abajo, molesta con esa cosa, y entonces lo vi. Había luz al otro lado, no oscuridad, podía ver el borde del agua a ese lado, pero al volver la vista hacia el lugar por el que había caído también había luz en ese lugar y una superficie de agua.

¿Cuál de las dos era la acertada? ¿Por qué lugar había entrado?

Esa fuerza volvió a tirar de mí, impulsándome hacia la superficie de abajo y entonces salí, me agarré al borde del charco, y me impulsé hacia arriba, como pude, tosiendo, sofocada, tumbándome sobre la hierba, empapada, muerta de frío. Pronto mi cuerpo se calentó, hacía calor en aquel lugar, mucho más que antes de haberme sumergido.

Miré a mi alrededor, y entonces me di cuenta de que no estaba en el lugar correcto. Grandes árboles frondosos me rodeaban, vegetación de distintos colores, pájaros exóticos me sobrevolaban, y todo me parecía sacado de una película de ciencia ficción.

- ¿Estás bien? – preguntó una voz irrumpiendo en la calma del lugar. Levanté la vista, observando una figura varonil a contra luz. Era fuerte, vestía con ropas gastadas, como si fuese un mendigo, llevaba guantes de montar, y una fusta. Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie - ¿por qué estás aquí? Nuestro padre ha dado órdenes de que nadie puede acercarse a los surcos hasta que no terminen las épocas de lluvias – le miré, sin comprender, no tenía ni idea de qué estaba hablando.

Me quedé observándole por largo rato, jamás había visto a un hombre como él, tampoco es como si frecuentase a muchos chicos, papá me sobreprotegía demasiado, aunque no era virgen. No quiero hablaros de mi primera vez, en el coche de un adolescente capullo, que fue una mierda literal. Era un hombre fuerte, de más o menos mi misma estatura, ancho de espaldas, con barba de no más de dos días, un hoyuelo en la barbilla, labios finos y ojos verdes. Tenía los cabellos color cobre, rebeldes y algo

rizados.

Ni siquiera tuve tiempo para preguntarle su nombre, pues la lluvia comenzó a caer sobre nosotros en seguida. A él no parecía importarle este hecho, pero sí se fijó en mí. Sonrió y yo tuve una extraña sensación, como si ya nos conociésemos, pero era imposible, era la primera vez que lo veía.

- ¿Eres una Nyamb o una Tlaloque? – quiso saber. Yo estaba perdida, no sabía que responderle, para empezar, ni siquiera sabía dónde estaba – Soy Gale, por cierto.
- Yo soy Varsha – estrechó mi mano una vez más, y luego se fijó en las nubes que nos rodeaban, observándolas minuciosamente.
- Sin lugar a dudas eres una Nyamb – seguía perdida – tienes los ojos del color del Nauatl – parpadeé, porque os prometo que no entendía nada de lo que decía, era como si estuviese en otra época. Espera un momento, ¿y si realmente lo estaba? – he oído que quedan pocas de tu especie.
- ¿Qué eres tú? – quise saber, sin contestar a sus preguntas.
- Un traloque – asentí, cuando lo cierto es que no tenía ni idea de lo que eso significaba – debo marcharme ya, vos deberíais seguir vuestro camino – me sentía perdida en aquel lugar, con aquel hombre extraño - ¿es que acaso no tenéis Nauac? – pudo ver mi cara de perplejidad y se lo tomó como un no – Espera un momento – buscó en los bolsillos de su vieja chaqueta y sacó una botellita con un espeso líquido azulado. Era un azul brillante, casi neón – sabía que tenía un poco por alguna parte – me lo tendió, y yo me quedé mirándolo sin saber qué hacer, por lo que él finalmente tuvo que agarrar mi mano y obligarme a agarrarlo – Ha sido un placer, Varsha – me dijo, antes de mirar al cielo, impulsarse y salir disparado hacia arriba, perdiéndose detrás de las nubes.

¡Por Dios Bendito! ¿Qué es lo que era ese hombre? ¿Por qué podía volar? ¿Acaso tenía un muelle en el culo para salir disparado como un maldito saltamontes?

El sonido en eco de las gotas de lluvia cayendo sobre un charco en particular me hicieron perder la concentración, y me fijé en él, observando el bosque de RedWood al otro lado.

Salté con decisión, una parte de mí sabía que aparecería en casa, y así lo hice, pero a diferencia de la primera vez que atravesé esa especie de portal entre mundos, no me ahogué, tan sólo atravesé el agua y de un

salto me coloqué sobre tierra firme.

Miré a mi alrededor, percatándome de que había vuelto a casa.

Quizás lo había soñado todo, quizás lo imaginé, y así lo habría creído, de no ser porque tenía sujeta en mi mano esa extraña botellita con ese mejunje azulado, que ese extraño ser llamado Gale me dio en la tierra que se encuentra al otro lado del charco.

Glosario:

*Nyamb – Viajero (nacido durante la lluvia). Son los seres que pueden viajar entre mundos a través de los charcos que dejan las lluvias.*

*Traloque – Guía de la lluvia. Son los encargados de guiar a las lluvias a los distintos mundos que necesitan esta para sobrevivir.*

*Nauatl – Río.*

*Nauac – Mejunje de luz azulada que poseen los Nyambs. Puede ser usada como método de pago entre especies, como una poderosa arma, incluso para proteger a otros.*

## Capítulo 5

### Capítulo 3 – La anciana del templo.

Recorrer los pasillos de la universidad junto a mi mejor amiga hasta encerrarnos en la biblioteca a estudiar por horas, eso fue lo que nos esperó aquel lunes, enfrascada en la lectura de difíciles fórmulas para el próximo examen.

Era buena en los estudios, siempre he tenido un don para la biología molecular, por eso estudiaba ese máster. Podría haberme especializado en cualquier otra cosa, haber tirado por la rama de la naturaleza y los animales, pero siempre me gustaron más las probetas y el laboratorio. Me sentía como Severus Snape en Howarts, estudiando pociones. Sonreí, divertida, por la comparativa tan absurda que había puesto. Era una apasionada del mundo de J.K. Rowling diré en mi defensa.

- Gerard no te quita ojo – dijo Eleanor a mi lado, dándome un codazo, haciendo que dejase de prestar atención a las fórmulas que adoraba por un minuto y mirase hacia ese chico popular que siempre estaba rodeado de gente. Desvió la vista en cuanto se sintió al descubierto, luciendo despreocupado. Sonreí, divertida, bajando la cabeza, algo avergonzada – está coladito por ti.

- Es guapo – reconocí, sin querer entrar en detalles. Lo cierto es que lo era. Rubio con los ojos claros, delgado y misterioso. Era totalmente mi estilo. Tan sólo había un problema, papá pondría el grito en el cielo si se enteraba de que estaba interesada en un chico. En aquel momento, los estudios eran lo primero para mí.

- ¿Sólo guapo? – se quejó mi mejor amiga a mi lado. Sonreí de nuevo – Te ha tocado la lotería.

- Sabes que no puedo – me quejé – papá pondría el grito...

- ¿Cómo puedes dejar que tu padre dirija tu vida? – me regañaba – Tienes 23 años, Varsha, tienes que tomar tus propias decisiones.

La bibliotecaria nos llamó la atención, y ambas agachamos la cabeza, disculpándonos. Volví a prestar atención al libro, pensando por un momento en algo que ocurrió el fin de semana, en ese extraño sueño. ¿Lo fue realmente? Porque la botellita que tenía colgada en mi cuello como

colgante me recordaba a cada instante que no lo había sido.

Por un momento pensé en ese hombre, ese ser que salió volando hacia el cielo, era de belleza distinta al muchacho que tenía a escasos metros, si tuviese que elegir, diría que Gerard era mucho más apuesto, pero había algo en ese tal Gale que llamaba mi atención, quizás fuese la profundidad de su mirada, sus ropas extrañas o el hecho de que hubiese desaparecido de esa forma tan increíble en la que lo hizo.

Era imposible concentrarse si pensaba en el día anterior. Así que terminé cerrando el libro de un golpe, sobresaltando a mi amiga. Negué con la cabeza, en señal de que no era nada, y me apoyé sobre la mesa, mientras esta volvía a prestar atención a su lectura y yo me fijaba en el exterior, volvía a llover.

Me relajaba la forma en la que la lluvia caía, en ocasiones pensaba en lo que se sentiría a ser tan ligera como una gota de lluvia. Sonreí, el agua siempre tenía ese efecto en mí.

- Me iré primero – dije, haciendo que mi amiga me mirase sin comprender, metí los libros en la mochila, le hice un guiño cariñoso y me marché de la biblioteca. Tenía un largo camino hacia casa, debía coger dos autobuses para llegar al bosque, y andar durante media hora hasta llegar a la cabaña. Quizás en otra ocasión papá hubiese ido a buscarme para que no me mojase, pero tenía trabajo en la fábrica, tenían que terminar de construir una fragata.

Debajo de mi paraguas amarillo evitaba los charcos, justo como solía hacer cada día, pero aquel era un día distinto, no sólo porque estuviese tan distraída en clases, sino por lo ocurrido el día anterior, de alguna forma sentía que me había cambiado.

Me detuve en seco en cuánto escuché el eco de una gota en mi cabeza, frente al enorme charco que tenía delante de mí. Miré a mi alrededor, los coches seguían su camino, la gente caminaba despreocupada debajo de sus paraguas, nadie parecía haber reparado en mí, podría desaparecer y nadie lo notaría.

Una sensación extraña, antes inexistente se apoderó de mí, esa curiosidad por descubrir si volvería a ese extraño mundo, por descubrir qué es lo que me estaría esperando al otro lado.

Salté al charco, sumergiéndome en él, dejando mi paraguas atrás, porque parecía que él no pertenecía al mundo al que iba a viajar. Y al pasar al otro lado, pisé suelo firme, dejando el charco detrás de mí.

Lo cierto es que no, no estaba en el lugar extraño del día anterior, si no en uno bien distinto. Di vueltas sobre mí, mientras la lluvia me empapaba, observando el paisaje que había a mi alrededor, estaba en Tokio, rodeada

de altos edificios y japoneses por todas partes.

¿Qué era esa magia extraña? ¿Cómo había podido transportarme de un lugar a otro? ¿Es que acaso los charcos eran portales que podían llevarte a cualquier lugar?

¡Oh Dios Mío! ¿Y si lo eran?

Miré a mi alrededor, de nuevo nadie me prestaba atención, así que volví a meterme dentro del charco, cerré los ojos, y al abrirlos había vuelto a casa, a la puerta de la universidad.

¿Y si lo intentaba de nuevo?

Volví a saltar sobre el charco, cerré los ojos con fuerza y al abrirlos me encontré a mí misma a las afueras de un viejo templo, pero de nuevo no era el lugar al que quería ir.

Observé a mi alrededor, nadie parecía haberse dado cuenta de mi llegada, sólo había una anciana que me miraba, con el cabello canoso, resguardándose de la lluvia debajo del templo, mientras pelaba zanahorias.

Caminé hacia ella, en busca de explicaciones, pero antes de haber llegado, me percaté de algo, yo no hablaba chino, y esa mujer sin lugar a dudas lo era. No había más que ver su atuendo.

- Allora – me llamó la mujer, extrañada - ¿eres tú, querida? – se dio cuenta antes de que hubiese respondido que aquella a la que esperaba cada día después de más de 23 años no era yo. Pero no lució triste, ni desamparada, al contrario, sonrió – Tienes sus ojos – abrí la boca, sin dar crédito. ¿Quién era esa mujer? ¿y por qué me hablaba de esa forma, como si me conociese? Aún más importante... ¿por qué entendía chino si jamás lo había aprendido? Ella miró entonces a mi colgante, hacia esa botellita, y eso la asustó - ¿Estuviste en Tlalocan? ¡No deberías haber vuelto! – No entendía a qué se estaba refiriendo. Pero quise quedarme callada, quería escuchar mucho más – Los Tupack no se detendrán hasta haberte encontrado.

- ¿Quién es usted? – quise saber, sin querer permanecer más tiempo en silencio - ¿y por qué me habla como si me conociese? ¿Qué es eso que me persigue?

- Yo no soy nadie – contestó – Al contrario que tú, lo eres todo.

- ¿Qué soy? – insistí, esa mujer me estaba sacando de quicio, pero antes de haber podido recriminarle algo más, el líquido que había dentro de esa botellita que colgaba de

mi cuello se iluminó de una forma especial, haciendo que ambas nos fijásemos en él.

- Ellos están aquí – miré hacia mi alrededor, asustada. No había nada ni nadie, pero podía sentir como algo se alteraba, ella tenía razón, algo estaba cerca – debes marcharte a casa, Varsha – ya no me quedaba ninguna duda, esa mujer sabía exactamente quién era yo. Pero ni siquiera pude preguntar al respecto, no cuando del cielo cayeron seis hombres, rodeándonos, vestían largas túnicas negras y sus rostros tapados con una máscara verde y dorada. La mujer se levantó antes de que esos seres pudiesen reconocerme, y pronunció unas palabras en una lengua antigua, haciendo que mi rostro se desdibujase a ojos de los demás, siendo tan sólo un borrón – Márchate – pidió, haciendo aparecer de la nada una espada, al mismo tiempo que los hombres que nos rodeaban sacaban las suyas, más que dispuestos a empezar una lucha. Aquello me parecía de lo más inverosímil, como una escena de una película o algo – yo los entretendré – los guerreros nos atacaron, pero la anciana detuvo cada uno de esos ataques, haciéndome una señal con la cabeza para que me introdujese en uno de los charcos, pero yo estaba demasiado ansiosa por ver cómo ocurrirían los acontecimientos. Esa mujer no tenía culpa de nada, parecía que esos seres estaban ahí para apresarme, pero ... ¿por qué? ¿Qué eran lo que querían de mí? - ¿A qué esperas?

- Quiero respuestas – me quejé, levantando el brazo para detener la espada que uno de esos seres blandía para dañarme, era una idiotez, nadie puede parar la afilada hoja de una con la mano. Pero en lugar de eso, miré, maravillada, como de la nada aparecía una espada, siendo empuñada en mi propia mano, y la cosa no sólo quedaba ahí, la agarré y me defendí como si llevase toda la vida haciéndolo, como si realmente supiese lo que hacía. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

- No – gritó la anciana, levantando las manos, dejando caer la espada al suelo, creando con sus manos una fuerza superior que los lanzó por los aires, contra los árboles que rodeaban el templo, incluso sobre este mismo – Vete ahora que aún no saben quién eres.

- ¿Quién soy? – quise saber, mientras los guerreros se recuperaban y se ponían en pie, algo confundidos, sacudiendo sus cabezas, adoloridos por el golpe que habían recibido.

- ¡Márchate, ya! – me ordenó, mientras ella se ponía en posición para volver a atacar a esos seres, justo en el momento en el que una daga volaba en mi dirección, me aparté antes de que me hubiese rozado si quiera, observando como esta impactaba sobre un árbol cercano y yo miraba hacia el ser que había intentado matarme - ¡Ahora! – me miró con odio, mientras yo escuchaba el llamado de la lluvia, esas gotas en eco, en mi cabeza. Me acerqué al charco y salté por él, apareciendo frente a mi cabaña, totalmente empapada, escuchando una voz que conocía bien a mi alrededor, impregnada en el viento.

La busqué por todas partes, pero por más que peiné los alrededores, no había ni rastro de esa mujer, no había nadie más en el bosque. Pero no era eso lo que me asustaba, lo que lo hacía era que esa voz la había escuchado con anterioridad en mis sueños, cuando era una niña. Era la voz de mi protectora, así se había llamado ella cuando le pregunté quién era, a los doce años de edad.

## Capítulo 6

### Capítulo 4 – La eterna primavera.

Esa noche llovía en el exterior de la cabaña, con fiereza, por lo que me costó conciliar el sueño, pero en cuánto lo hice pude darme cuenta de que aquel lugar no era real. Había luz por todas partes, tanto que me cegaba, por lo que tuve que parpadear varias veces, hasta que el paisaje se volvió más nítido, y me encontré a mí misma en un hermoso jardín repleto de hermosas flores, junto a un pozo y un banco de metal, a lo lejos, una casita blanca y roja se encontraba. La primavera había llegado, de eso no cabía ninguna duda, y los pájaros lo celebraban con su cantar.

- Varsha – me llamó una voz a mis espaldas, miré hacia ella, era hermosa, la criatura más bella que había visto jamás, tenía el cabello casi tan oscuro como el mío y sus ojos eran claros, con un destello especial en ellos. Sonreí, la reconocí en seguida, a pesar de haberla visto sólo una vez en mi vida, cuando era un bebé. Ni siquiera sabía cómo podía tener ese recuerdo grabado en mi mente. Pero así era, esa mujer que me devolvía la mirada, era mi madre. Mis ojos se llenaron pronto de lágrimas, y ella tuvo que acortar las distancias entre ambas para limpiarlas – no llores, mi niña – sonreí, agarrando sus manos, porque no quería que se fuese a ninguna parte, y ella apreció el gesto – no tenemos mucho tiempo. Sólo he podido escaparme un momento.
- ¿Estás cautiva en algún lugar? – quise saber, preocupada, mientras ella giraba la cabeza hacia atrás, como si aquel lugar fuese sólo una ilusión que ella misma había creado. La verdad parecía un lugar mucho más aterrador - ¿quién te persigue?
- No estoy aquí por eso – contestó, volviendo a mirarme – estoy aquí para responder a las preguntas sin respuesta que tienes en tu cabeza.
- Estoy confusa – ella sonrió, tirando de mi mano para que nos sentásemos sobre el banco de metal - ¿este lugar es real?
- Es real, pero no es aquí dónde nos encontramos – contestó – lo he recreado para ti en tus sueños – sonreí, agradecida – aquí es donde naciste. Tlalocan, el hogar de la eterna primavera.
- No conozco este lugar – aseguré, ella sonrió, con calma.

- Llegaste a este mundo con las primeras lluvias, y te marchaste antes de que dejase de hacerlo – agarré sus manos, quería saber tanto, y sabía que teníamos muy poco tiempo. Ella estaba asustada, temía que algo pudiese descubrirnos y hacernos daño, y eso me daba demasiada curiosidad – Naciste en la isla de Tlaloc, el dios de la lluvia – la observé, como si estuviese loca, ella sonrió – sé que parece una locura, pero debes haber aprendido que las locuras son posibles, más después de haber atravesado un charco y aparecer en otra parte del mundo – sonreí, ella tenía razón, y entonces se asustó al mirar hacia mi cuello donde descansaba la botellita con el mejunje azul - ¿quién te ha dado el Nauac?

- Fue un chico – contesté, quedándome pensativa un momento, intentando recordar su nombre. Era mala para esas cosas, a pesar de ser muy buena en recordar fórmulas – no recuerdo su nombre, dijo que era un ... - maldición, de nuevo me quedaba en blanco – lo conocí cuando estuve en ese extraño lugar – se levantó de un salto y miró hacia nuestro alrededor.

- ¿Has estado en Tlalocan? – podía ver el miedo reflejado en sus ojos, y la forma en la que daba vueltas sobre sí misma, me indicaba claramente que estaba histérica. Me puse en pie y caminé hacia ella - ¡No puedes volver a pisar este lugar, Varsha! ¡Es peligroso!

- ¿Por qué? – me quejé - ¿por qué esos guerreros me perseguían?

- Es porque eres mi hija – abrí la boca, sin dar crédito – eres el fruto de la unión entre una Tlaloque y un Tochlee – decidió aclararlo, al darse cuenta de que yo no me estaba enterado de nada – una guía de la lluvia y un mortal.

- ¿Qué es una guía de la lluvia? – quise saber. Ella sonrió, antes de contestar, parecía calmada.

- Los Tlalocanes fuimos creados hace mucho tiempo, cuando nuestro padre creó la isla en la que vivimos, la isla rodeada por nubes, que no puede ser encontrada en los mapas terrestres, tan sólo las criaturas que ya conocen dónde están pueden hallarlo. El dios de la lluvia, Tlaloc, nos creó a nosotros los Tlalocanes para que pudiésemos guiar las precipitaciones hacia los lugares que necesitaban su llegada, además de muchas otras criaturas sobrenaturales que vivimos en paz durante siglos en Tlalocan.

- ¿Eres un ser mágico? – Ella asintió, con una gran sonrisa, parecía feliz de hablar

conmigo - ¿y qué soy yo?

- Tú eres una Nyamb (viajera). Los viajeros son los únicos con poder de doblegar el Nauac, pero se debilitan cuando no lo tienen en su poder, con sus viajes a través de los portales y se vuelven mortales si abandonan durante mucho tiempo Tlalocan. Pero tú eres distinta, porque tú no fuiste creada por nuestro padre, tú naciste – seguía flipándolo, porque yo no me sentía distinta, no sentía que fuese especial ni mágica, ni nada por el estilo – Ellos te persiguen porque eres diferente, por eso tuve que enviarte con tu padre, porque sabía que era la única forma en la que podríais permanecer a salvo.

- Entonces, papá y tú ...

- Nos enamoramos – contestó – Los guías no tenemos ese derecho, Varsha. No podemos quedarnos en la tierra por nuestro propio beneficio, nuestra única misión es liberar las lluvias y debemos volver con la última gota de ... - volvió a mirar hacia atrás, viendo algo que yo no podía ver, sólo veía la casa blanca y roja a lo lejos - ... debo marcharme ya – se puso en pie y me lanzó una última mirada de despedida – No debes volver a Tlalocan, es peligroso.

- ¿Dónde estás tú? – quise saber - ¿Estás allí? – sonrió, empezando a desaparecer, volviéndose cada vez más transparente - ¡Mamá! – la llamé, pero fue en vano, ella desapareció y yo abrí los ojos, encontrándome a mí misma en la espesura de mi habitación, completamente sola.

Me puse en pie y me fijé entonces en el colgante de mi cuello, en cómo ese mejunje brillaba de una forma especial, asustándome, me lo quité y lo levanté en alto, observando como este tiraba de mí, como si se sintiese atraído por la lluvia que tenía lugar en el exterior.

No tenía tiempo para aquello, quería volver al sueño, volver y preguntarle a mi madre dónde estaba, dónde la tenían secuestrada, pero antes de haber podido hacerlo la luz emitió una ráfaga de ella que me cegó y tuve que cerrar los ojos, al abrirlos me encontraba en un lugar distinto, descalza, junto a enormes charcos que me rodeaban, incluso estaba sumergida en uno sin hundirme ni un poco.

No entendía qué era lo que estaba sucediendo, pero esa cosa tiraba de mi mano, como si quisiese enseñarme el camino a algún lugar. Avancé por el bosque mojado, parecía que había estado lloviendo, pero ya había escampado. Dejé atrás los árboles, y seguí avanzando por una larga hilera de luces rojas, hasta haber subido la montaña, observando el lugar que había detrás de esta, una hermosa ladera se veía tras ella, un lugar que

para nada tenía que ver con el actual en dónde parecía albergarse la lluvia y la tristeza, no, aquel lugar que se veía bajo mis pies parecía ser la eterna primavera, un lugar muy parecido al que había visto en mis sueños, que mamá me mostró.

- ¿Dónde está ella? – pregunté en voz alta, dejando que aquella cosa siguiese guiándome, en aquella ocasión me encontraba frente a un enorme palacio blanco y azul, tenía grandes torres que se entrelazaban entre sí, formando un remolino que acababa en una sola punta, con grandes terminaciones puntiagudas en su construcción, y resbaladizas pendientes que parecían del todo una locura – Enséñame dónde – imploré, volviendo a dejar que me transportase al interior de ese castillo, a las mazmorras más extrañas que había visto jamás.

Caminé por los desiertos pasillos, deteniéndome delante de una gran puerta de ... ¡Espera un momento! ¿Eso era hielo? Sí, era una puerta de hielo. Estaba entre abierta, y tras ella había criaturas comiendo amistosamente. Pero parecían distintas entre sí, cómo si existiesen más de una especie en aquella isla. Ni siquiera quería quedarme a averiguarlo, quería saber dónde tenían a mamá. Seguí avanzando hasta que el suelo se acabó, y cuando quise darme cuenta me resbalaba por lo que parecía ser un extraño tobogán de hielo.

Grité con todas mis fuerzas, importándome bien poco ser descubierta, aunque no podía hacerlo ¿no? Aquello sólo era un sueño. Me aferré a la botellita azulada, horrorizada de romperla, y entonces todo se detuvo.

Abrí los ojos, asustada, escuchando el agua caer por aquellas oscuras cloacas tan sólo iluminadas por la luz que yo sostenía en la mano. Hacía frío allí abajo, había agua en los túneles, incluso escuchaba a pequeños animales que sin lugar a dudas debían ser ratas. Hice una mueca de pavor un par de veces, al sentir a estos pasando junto a mis pies, pero seguí avanzando, con aquel largo camisón blanco, dejando más y más celdas detrás de mí, sin pararme a mirar las criaturas que habría en el interior, dejándome guiar por el Nauac, hasta detenerme en la última celda, ya no había más dónde seguir, miré hacia atrás un momento, quizás había estado equivocada, quizás ese no era el lugar.

Volví la vista hacia la celda, encontrándome de lleno con una criatura espeluznante que me asustó tanto que tuve que dar un par de pasos hacia atrás, y llevarme la mano a la boca, dejando escapar un grito, horrorizada. Ese ser era aterrador, tenía grandes cuernos, piel gruesa como la de un cocodrilo, era negro, y sus colmillos supuraban una sustancia verdosa que parecía venenosa.

Me miró como si realmente pudiese verme, y se postró sobre las rejas, moviéndolas con insistencia, como si pretendiese partirlas por la mitad. Entonces se detuvo y miró hacia mis ojos, el miedo se metió dentro de mí y entonces esa cosa habló.

- Princesa Varsha – me llamó, descolocándome por completo.
- ¿Princesa? – repetí, extrañada, haciéndome sonreír, aunque ni siquiera podía estar segura, porque aquel ser no tenía boca, era un largo hocico.
- Mírate, ni siquiera sabes tú propia historia – la voz de ese ser era grave, de ultra tumba, aterradora.
- ¿A quién buscas, princesa Varsha? – dijo una segunda voz, deslizándose por la pared, dejando que la viese a la luz, una asquerosa serpiente con rasgos muy acentuados y dos grandes cuernos en su cabeza. Este ser daba un poco menos de miedo que el anterior.
- Ella no se encuentra entre nosotros – contestó ese ser tenebroso, haciendo que volviese a mirar hacia él, repudiada – murió hace mucho.
- ¡Mientes! – grité, horrorizada. Sabía que estaba viva, tenía que estarlo, la había visto en mis sueños. Estaba cautiva, estaba segura.

Tenía miedo de que fuese cierto, tenía tanto miedo...

La serpiente se rio de mi sufrimiento, y eso logró enfurecerme. Apreté el medallón y este brilló un poco más, asustando a ese ser, que se fijó de nuevo en mí.

- ¡Ella está viva! – repetí, el ser oscuro se hizo notar con un carraspeo - ¡La encontraré!
- ¿Y qué harás después? – quiso saber aquella bestia.
- Eso – apoyó esa asquerosa serpiente - ¿qué estarías dispuesta a hacer para salvar a Allora de su destino? – pensé en ello, ¿qué iba a hacer para salvarla de aquel lugar?
- Ni siquiera sabe cómo usar el Nauac, ¿qué crees que hará, Xihuitl?

- ¡Muéstrame dónde está! – imploré, haciendo que la luz se hiciese más potente, y que esos seres se echasen atrás, aterrados.

- ¡Estúpida muchacha! – gritó el ser tenebroso - ¡La luz jamás te mostrará la oscuridad! – no entendía lo que quería decir - ¡Mira debajo de ti! – y lo hice, el agua que antes había estado mojando mis pies en aquel momento caía por las rejillas que tenía debajo. Me agaché y atraje la luz a la oscuridad que había debajo.

No había más que oscuridad, no podía ver nada, eso era frustrante, estaba tan cerca, y a la vez tan lejos de hallar las respuestas que necesitaba.

- Déjame verla – supliqué a la luz, haciendo que el ser tenebroso gritase para impedírmelo, pero ya era demasiado tarde, la luz me había transportado al interior de aquella oscura cueva bajo tierra, alumbró la estancia un poco más para que pudiese verla.

Allí colgada de sus manos, suspendida en el aire, una mujer con el cabello oscuro descansaba, obligada a permanecer en su cárcel por toda la eternidad.

- ¿Mamá? – dije sin apenas voz, aterrada, sintiendo como mis ojos se empañaban de lágrimas, pero retrocedí, asustada, en cuanto ella abrió los ojos, y me percaté de que no era ella la que me devolvía la mirada, había otra cosa dentro de ella, oscureciendo sus ojos.

- ¿Quién osa despertar el sueño eterno de Xiutecuithli? – se fijó en mí, desde la luz que sostenía hasta mis ojos que brillaban con la misma intensidad que este, y entonces rompió a reír, con una sonrisa tan espeluznante que consiguió ponerme los pelos de punta – Varsha, la hija perdida – sonrió, como si descubrirme le hiciese feliz – Siento decirte que tu madre no puede ponerse en este momento.

- ¿Está viva? – pregunté, temblando de miedo.

- Oh, claro que lo está, cautiva dentro de propia mente – sonrió, como si mi sufrimiento le hiciese bien – y así permanecerá hasta que tú vengas a buscarla – Le miré, sin comprender - ¿qué? ¿No piensas venir a salvar a tu madre?

- ¿La dejarás ir? – quise saber. Volvió a reír, como si las preguntas de una simple

mortal le hiciesen especial gracia.

- Lo haré si me consigues algo a cambio – contestó – Me traerás la última llama de Xiutecuithli, el caballero de fuego, y a cambio yo te devolveré a tu madre.

## Capítulo 7

### Capítulo 5 – El caballero de fuego.

Abrí los ojos y aparecí en mi habitación, tan sola y tan oscura cómo antes de haberme marchado, con miles de preguntas que aún no tenían respuesta.

¿Qué era esa cosa? ¿Qué era lo que quería que le consiguiese? ¿Seguía mi madre viva dentro de ese ser? ¿podía confiar realmente en que ese ser cumpliría su palabra? ¿qué tipo de peligros me llevarían a conseguir salvarla?

Me sentía mareada con tantas emociones fuertes, así que salí de la cabaña, dando un cálido beso a papá que dormía en el salón, abrazando su eterno rifle, como si aún temiese que alguien pudiese hacerme daño. En aquel momento le comprendía mejor que nunca, por supuesto que había algo queriendo dañarme, yo era la hija de un ser sobrenatural y un humano. Un ser extraordinario, único en mi especie.

Cerré la puerta detrás de mí y miré hacia el charco que tenía delante. Ya no llovía, pero los charcos seguían allí.

Me acerqué a uno de ellos, hacía frío y pronto los pelos de la nuca se me erizaron, seguía vistiendo aquel viejo camisón blanco de invierno. Levanté un pie, como si tuviese la intención de volver a cruzar ese portal, pero me detuve al pensar en las palabras de mi madre. Ella no quería que volviese a nuestro hogar, no quería que fuese a buscarla. ¿Por qué? ¿Qué era lo que tanto le asustaba? ¿Qué la encontrase? ¿Qué la liberase? ¿o... era algo más? Quizás temía lo que liberaría si ella era salvada, o quizás era mi bienestar el que le preocupaba, lo que su propia especie me haría si me encontraba con vida.

Salté dentro del charco y al posar mis pies sobre suelo firme me sorprendí de encontrarme a mí misma en el templo de esa tarde. La anciana no estaba allí, en su lugar era un niño con el pelo blanco, que me miraba como si me hubiese estado esperando.

Caminó hacia mí, levantando su mano en alto. Le miré sin comprender.

- Abre la botella y déjalo salir, nos protegerá de ellos – le observé, sin comprender, por lo que me azuzó – Vamos, ¡ide prisa! – sostuve la botellita entre mis dedos y quité el tapón de cristal de esta, observando como el Nauac subía hacia arriba, cayendo sobre nosotros después, deteniéndose antes de habernos rozado si quiera. Abrí los ojos, observando una enorme bóveda azulada sobre nosotros, protegiéndonos.

Levanté la mano, más que dispuesta a tocarlo, aquella sustancia extraña me parecía de lo más inverosímil, quizás por eso me atraía de esa forma

irracional. A medida que lo hacía iba sintiendo una especie de opresión en el pecho, como si estuviese a punto de descubrir algo importante.

*"El principio es el final y el final es el principio"* – resonó la voz susurrante de un niño, en mi propia mente, justo cuando mis dedos rozaron esa sustancia acuosa. Era como agua que se escurría entre mis dedos.

- ¿por qué has vuelto? – Preguntó la anciana delante de mí, desconcertándome. La observé entonces, dándome cuenta de que había vuelto a su estado original – Niña tonta, ¿acaso no te han advertido? Usar un poder que no conoces podría ser peligroso.
- Necesito respuestas – contesté en mi defensa, la mujer miró hacia nuestro alrededor, como si aún estuviese nerviosa por algo - ¿usted es cómo yo?
- No, no soy un Nyamb. Yo soy un Tupoc, un guerrero de la corte real de Tlaloc. Pero me marché hace mucho, tan pronto como capturaron a la princesa Allora.
- ¿Princesa? No sabía que mi madre fuese de la realeza – ella asintió, con calma.
- Lo fue – aseguró. Sonrió un momento, antes de hacer aparecer de la tierra unos troncos que se unieron hasta formar un taburete en el que sentarse, lucía cansada – Hace mucho, mucho tiempo atrás... - parecía que iba a contarme una historia, así que hizo aparecer otro taburete para mí, y entonces me senté, escuchando sus palabras –... cuando había paz en nuestro mundo, cuando nuestro padre era un rey bondadoso, el dios de la lluvia y los truenos, esposo de la diosa del amor. El amor que aquellos dos dioses se procesaban era tan puro y desinteresado que parecía algo irreal. De este, nacieron las primeras nubes que descargarían su ira sobre la tierra, y más tarde, llegaron los seis primeros Tlaloques, creados con el único propósito de guiar las tormentas a su destino. Todos eran leales a sus creadores, excepto uno, tan rebelde y con carácter que siempre estaba cuestionando las órdenes de su creadora, aunque, quizás por ello, era la favorita del dios de lluvia.

Pero no sólo los tlaloques vivían en nuestro mundo, nuestro padre también creó otros seres, aunque estos no nacieron del amor que se profesaba con su reina, si no de su propia invención. Así estaban los Tupack (guerreros de la corte real), los Nyambs (viajeros), los Ihicaminas (brujos), los Ohtlis (demonios), incluso la criatura más temida que uno puede osar despertar, el Xiutecuithli (el caballero de fuego).

Un día, la princesa Allora descubrió los secretos de la diosa del amor y fue a confesárselo al dios que la veneraba. Este, muerto de celos, dejándose llevar por la ira, desterró a la diosa del amor fuera de la ciudadela que rodeaba la ciudad, castigándola en un remoto lugar helado por toda la eternidad. La diosa prometió que se vengaría de la princesa, juró que un día sería ella la odiada, lanzó una profecía, que decía que tú vendrías a

este mundo y que ella encontraría el peor de los destinos por haber desobedecido una de las leyes reales.

- Ella sigue viva ¿verdad? – pregunté, la mujer perdió el color que adornaba su rostro antes de contestar.
- Un castigo mucho peor que la muerte fue el que obtuvo. Cautiva dentro de su propio cuerpo, custodiada por el caballero de fuego.
- ¿Qué es exactamente ese ser? – quise saber.
- Es un demonio que podría destruir nuestro mundo, por eso fue condenado al olvido después de la gran guerra, para que jamás pudiese gobernar sobre la tierra.
- El caballero de Fuego me dijo que liberaría a mi madre si le conseguía algo – la mujer abrió la boca, preocupada de que hubiese abierto puertas que debían permanecer cerradas – dijo que quería la última llama.
- No debes dársela jamás – me dijo. La miré, sin comprender – si él la obtiene recuperará su cuerpo y todo su poder, y ni siquiera los escasos viajeros que trotan por nuestras tierras podrán detenerlo esta vez – tragué saliva, sin saber qué decir – Fueron los guerreros como tú los que lo derrotaron la primera vez.
- ¿Qué es esa llama de la que habla?
- Se perdió hace muchos siglos, la espada del valiente Nyamb llamado Yetzel, la que guarda en su interior los poderes de ese demonio. Pero es fácil de reconocer, la única que brilla de la misma forma en la que lo hacen tus ojos o el Nauac.

La bóveda azulada que nos rodeaba tembló, justo cuando la lluvia comenzaba a caer a nuestro alrededor, y la tormenta transcurría sin más. Miré hacia la mujer que tenía delante, aún tenía muchas preguntas que quería hacer, pero ella sacó su espada de ninguna parte, asustándome, poniéndome a la defensiva.

- Ellos saben que estás aquí – aseguró, tragué saliva, mirando hacia alrededor. No podía ver nada y el nauac solo delataba nuestra posición – debes irte antes de que te

encuentren, si no echarás por tierra todo lo que tu madre ha sacrificado para salvarte.

- Tengo más preguntas – insté - ¿por qué entiendo lo que dice usted? ¿por qué sé pelear? – ella sonrió, justo cuando un rayo iluminaba el cielo, y los guerreros caían sobre la tierra, rodeándonos, dispuestos a llegar a mí nuevamente, a pesar de no poder verme.

- Eso es porque eres una Nyamb, aunque tu conciencia sea humana, tu cuerpo recuerda lo que es ser una viajera de nuestro mundo – la miré, sin comprender, justo cuando uno de los guardianes se lanzaba contra la bóveda, haciéndola añicos. Levanté la botella, al cielo, haciendo que los trozos del nauac entrasen en ella. Coloqué el tapón y me lo colgué sobre el cuello, haciendo aparecer de la nada una espada, dispuesta a pelear – cúbrete – ordenó, lanzando algo de color oscuro sobre mí. Era una larga túnica de color púrpura con una enorme capucha que me protegería de los curiosos.

Defendí cada ataque como si llevase toda mi vida haciéndolo, y a medida que lo hacía dejaba que mi mente pensase en cada locura que esa anciana había dicho. La última llama de fuego era una espada, y tenía que encontrarla para liberar a mi madre, pero ... si liberaba a esa cosa sería el fin de nuestro mundo.

- ¡Dime ¿dónde puedo encontrar esa espada?! – grité, haciéndome oír entre la batalla y la lluvia – ¡Necesito liberar a mi madre!

- ¡No debes hacerlo! ¡El mundo que conocemos terminará si liberas a Xiutecuithli!

- ¡Debo hacerlo! – grité, observando como el nauac se iluminaba, recordando entonces las palabras que esa anciana me dijo una vez. Esa cosa podía ser usada como un arma y yo tenía poder sobre ella. Abrí la botella nuevamente, ante la mirada atenta de todos los demás, observando como la sustancia salía disparada al cielo, pero en cuanto levanté la mano hacia los guerreros esta bajó, y se lanzó sobre ellos, tirándolos al suelo, haciéndolos convulsionar.

- ¡Detenlo! – gritó la anciana – ni siquiera conoces el poder que usas – espetó, bajé la mano, haciendo que el nauac volviese a mí, introduciéndose en la botellita. Los guerreros se evaporaron como si fuesen agua y la mujer miró hacia mí, molesta por mi atrevimiento - ¿quieres liberar a tu madre de la prisión a la que está sometida? – preguntó, yo asentí – Entonces debes prepararte, te reunirás conmigo en este mismo lugar dentro de una semana – asentí, en señal de que lo haría – emprenderás un largo viaje del que ni siquiera puedo asegurar que regresarás a tu hogar con vida – tragué saliva, eso quería decir que podía morir en aquella aventura, pero no podía dejar a mi madre, más después de haber visto lo que había visto – te contaré dónde se haya la

espada, y la única forma de derrotar al caballero de fuego.

- Dímelo ahora – supliqué, pues no podía esperar tanto tiempo, necesitaba respuestas.
- Ahora debes irte, no tenemos tiempo, ellos no tardarán en volver con refuerzos – un trueno resonó nuevamente, podía sentir el peligro que estaba por llegar. Quizás fue eso, temí por mi vida, y volví a meterme dentro del charco, apareciendo frente a la cabaña.

## Capítulo 8

### Capítulo 6 – La profecía.

*Sobre el desierto lago helado, en un bonito lugar blanco rodeado de miles de copos que caían del cielo. No podía apreciar nada más que la luz que me rodeaba, con mis cabellos siendo mecidos por el viento, y los copos cayendo sobre mí, podía escuchar la tormenta sobre aquel lugar, fijándome en cada sonido que llegaba a mí a través de aquella brisa.*

Desperté sobre mi cama, sobresaltada, molesta por cómo se habían dado las cosas. Necesitaba volver a ese sueño, recuperar esa profecía y besarla, descubrir los secretos que ocultaba. Me senté en la cama y sacudí mi cabello, observando entonces como una bola caía de la cama y revotaba en el suelo de madera.

Me levanté con rapidez, la agarré y la levanté, observándola ilusionada, brillaba de una forma especial, al igual que mis ojos, y se derretía por las partes por las que la tocaba.

*"Bésala" – recordé – "es así como descubrirás sus secretos"*

Acerqué mis labios a ella y los deposité con calma, haciendo que aquella enorme bola se derritiese y se convirtiese en algo mucho más pequeño, un cristal con forma de lágrima. ¿Qué era aquella cosa? ¿No se suponía que era una profecía? Y entonces algo ocurrió, sentía mi cuerpo frágil y cansado, mis parpados se cerraban, estaba demasiado débil, incluso el miedo me embargó al pensar que había confiado en aquella diosa demasiado rápido, quizás era el enemigo y quería matarme, quizás me había envenenado, quizás iba a morir.

Caí al suelo, inconsciente, viendo aquello que necesitaba en mi mente, en un pequeño sueño, ofreciéndome las imágenes que necesitaba para

conocer mi destino.

*Sobre lo que parecía ser un tablero de ajedrez, pero con colores distintos, el blanco y el azul predominaban. En el centro de este había una figura oscura, de color negro, con una llameante luz roja rodeándole. Le reconocí a pesar de ser sólo una pieza de un tablero, era el caballero de fuego, detrás de él había un gran agujero azulado brillando, volviéndole débil, mientras una figura azul con burbujeantes destellos igual a mis ojos, ordenaba al nauac a que se mantuviese en su posición, debilitándole. Había una tercera figura, blanca esta vez, con una luz tan pura a su alrededor que casi me parecía un ángel. No tenía ni idea de quién era, pero empuñaba la espada de ese ser malvado. La levantó en alto, atrayendo todo el nauac que le fue posible, haciendo que entrase en su interior, para luego atravesar el cuerpo de esa figura oscura, haciendo que esta cayese al suelo, y que la luz roja fuese desapareciendo poco a poco, devolviéndole el color que esa figura debía tener, un resplandeciente blanco, tan parecida al ser que la había salvado.*

- ¡Varsha! – me llamó papá, trayéndome de vuelta a la realidad, haciéndome salir de ese extraño sueño, abrí los ojos y le observé. Sonreí, tan pronto como me di cuenta de que podía salvar a mi madre sin liberar a ese ser maligno - ¿qué ha pasado, hija? ¿Estás bien? – ignoré a mi padre, aún estaba inmersa en mis propios pensamientos, porque... ¿quién era ese tercer ser, ese que iba a ayudarme? - ¿me oyes hija?

- Estoy bien – le calmé, poniéndome en pie con su ayuda, sintiendo aún el cristal en mi mano – sólo ha sido un bajón de azúcar – prometí, sentándome en la cama, mirando por la ventana hacia el amanecer de un nuevo día, abriendo la mano, encontrando allí esa lágrima. ¿Qué era esa cosa?

Volver a clases después de lo que había vivido el día anterior fue raro, era cómo si la fantasía y la realidad no pudiesen convivir juntas. Toda mi realidad me parecía una mentira, más después de haber averiguado que la fantasía era mucho más real que la anterior.

Eleanor pudo ver en seguida que algo me ocurría, pero no opinó al respecto, yo siempre fui algo despistada, debo añadir.

- ¿Has visto a aquella mujer de allí? – me sacó de mis pensamientos, mientras tomábamos nuestro desayuno a plena luz del sol – No deja de mirarnos – levanté la vista para mirar hacia ese punto, y entonces me encontré con Ichtaka. ¿Qué era lo que esa anciana quería? ¿No habíamos quedado en vernos en una semana? – Se acerca – y era cierto, avanzaba hacia nosotras, pero no me moví del lugar, quería saber hasta dónde quería llegar.

- ¿Tu amiga es de confianza? – quiso saber, asentí, aunque lo cierto es que no le había contado nada sobre el mundo que había descubierto. Eleanor la miraba con desconfianza

– Quizás deba ir contigo en tu aventura – sugirió. Quizás ella era la figura blanca de mi sueño, ¿y si era ella la que empuñaría la espada y mataría a ese ser? – pero intuía que ella no conoce nada sobre nuestro mundo.

- No lo hace – admití.

- Entonces no servirá – contestó aquella mujer, mientras mi amiga me cogía del brazo para que le prestase atención.

- ¿Conoces a esta mujer? – miré hacia ella, y de nuevo al frente, el aspecto de Ichtaka había cambiado, y eso me sorprendió. ¿Qué acababa de ocurrir? Sonrió al ver mi cara de incredulidad

- Debemos hablar – pidió, asentí, indicándole con la mirada a Eleanor que podía dejarnos, asintió y me permitió alejarme un par de metros con aquella mujer.

- ¿Qué acaba de pasar? – me quejé.

- Sólo ha sido una ilusión, quería saber si tu amiga era de confianza – asentí – quizás debería acompañarte alguien con su mismo aspecto, iniciar este viaje con alguien familiar será más fácil – no sabía a lo que se estaba refiriéndose - ¿tienes el cristal? – asentí – Entonces ya estás lista – la miré, sin comprender – debes despedirte de los tuyos, te estaré esperando esta noche, en el templo.

## Capítulo 9

### Capítulo 7 – El protector de los cielos.

Despedirme de papá y de Eleanor sin dar explicaciones, sin tan siquiera saber si los volvería a ver fue duro, pero debía hacerlo, tenía una misión que llevar a cabo. Ni siquiera sabía la extensión del amor que mis padres se procesaban, pero pensar en él, en cómo le esperó por 23 años en el mismo lugar en el que se enamoraron me daba una pista. Un amor que aún después del tiempo sigue vivo. Ese tipo de amor es algo extraño de ver, ¿no creéis?

Salté dentro del charco y aparecí en aquel templo, pero la persona que me estaba esperando allí no era en lo absoluto esa anciana ruda, si no mi mejor amiga.

Sonrió al ver mi llegada y me cedió un enorme bolso, sin tan siquiera decir una palabra.

- Ichtaka me manda – fueron sus palabras, lo que me hicieron darme cuenta en seguida de que aquella no era mi amiga, si no alguien que era igual a ella, nada más – lo que hay en la bolsa es lo que debes usar para nuestro viaje.

- ¿Quién eres? – quise saber, mientras rebuscaba en el bolso y sacaba un largo vestido blanco y una capa de color púrpura.

- Mi nombre es Ailein – contestó, presentándose – entrégame el pago – la observé, sin comprender, mientras ella se fijaba en la botellita que colgaba de mi cuello – te la devolveré una vez que estemos al otro lado – la miré, algo recelosa – es la única forma en la que podrás volver a nuestro mundo – la observé, sin comprender – Cuando estuviste allí hace poco, ¿lo llevabas? – su razonamiento me pareció el adecuado. Tenía razón, cuando llegué allí no lo llevaba conmigo, fue un chico el que me lo dio – Vamos, se nos hace tarde – me quité el colgante y se lo cedí, ella sonrió con calma – pónelo – me ordenó - no querrás aparecer en nuestro mundo con ropas de otra época, ¿verdad? – negué con la cabeza y miré hacia nuestro alrededor, molestándola – crearé un conjuro lo suficientemente potente para que nadie pueda verte – prometió.

- ¿Eres una bruja? – pregunté mientras me vestía con rapidez.

- No, sólo soy un guerrero, podemos tergiversar la visión de otros como arma – aseguró – lo de hace un momento, sobre el conjuro, solo era una forma de hablar.

- Eso quiere decir que tu verdadero aspecto no es el que me muestras ahora – ella sonrió, divertida.

- Aprendes rápido, Blancanieves – bromeó, justo cuando yo me cubría la cabeza con la capucha y me colocaba el bolso – ahora vámonos, se nos hace tarde – asentí – tú debes atravesar el charco para llegar a los surcos, yo lo haré desde los cielos. Ahora salta.

Me introduje en el interior de él, como si fuese un aro hacia otro lado y salí disparada a un lugar distinto, pisando tierra firme, observando el cielo estrellado de aquel lugar, escuchando una voz a mis espaldas que me era muy familiar.

- Has tardado – dijo Ailein, cediéndome la botella azulada – guárdala, quedan muy pocas en nuestro mundo, podría hacerte falta más adelante – la agarré y volví a colocármela sobre el cuello, observando entonces como otra figura caía del cielo, haciendo temblar el suelo con su llegada.

- ¿Quién es? – quiso saber la recién llegada, mirando hacia su igual. Lo comprendí entonces, ese ser era otro guerrero, quizás el enemigo.

- Es la última Nyamb – aseguró, sorprendiendo a su compañera, fijándose en cada detalle sobre mi persona. En ese momento me preguntaba si realmente veía mi aspecto, o sólo una ilusión que Ailein estaba creando – estuvo oculta en las tierras del norte – mintió, mientras la otra asentía, creyendo en sus palabras.

- ¿Dónde está Gale? - ¡Oh! Reconocía ese nombre, era él el que me dio esa botellita.

- Aún no ha vuelto – contestó Ailein, llevándose las manos a la boca para silbar. El galope de un caballo se escuchó a nuestras espaldas, un hermoso corsé blanco, majestuoso – debo escoltarla, es peligroso para ella, incluso en nuestro mundo – la otra asintió, y yo sólo me preocupé. Pensé que existían pocas como yo, pero tanto como la última... no sabía esa noticia.

Mi protectora subió al caballo y entonces me tendió la mano para que la agarrase y subiese tras ella, pero antes de haberlo pensado si quiera la tierra tembló junto a nosotros, una imponente figura acababa de posarse

en la tierra y levantó la vista para observarnos.

- Siento el retraso, los truenos se resistían a ser creados – dijo, dando un leve recorrido a su alrededor, pues sabía que miles de peligros podrían acecharlos si dejaban los portales abiertos a aquellas horas de la noche – ciérralos – rogó hacia la guardiana de aquellas puertas. La mujer pelirroja que había llegado detrás de nosotros dio un paso al frente, levantó sus manos e hizo evaporar el agua de los charcos. Las gotas subieron hacia arriba y aislaron también los cielos - ¿Varsha? – Me llamó, reconociéndome en el acto.

Espera un momento. ¿Cómo podía él hacer eso? ¿No se suponía que Ailein podía hacer algo con eso?

- ¿La conoces? – quiso saber la pelirroja, mirando con odio a mi protectora, como si acabase de descubrir que esta había contado una mentira.
- Nos encontramos hace poco – contestó él, despreocupado – es una Nyamb, como bien sabes, quedan muy pocas – pareció calmarse en cuánto él dijo aquellas palabras, como si volviese a creer lo que Ailein dijo antes.
- Es por eso por lo que debo llevarla a la ciudadela – añadió mi protectora, haciendo que él asintiese.
- Es una buena idea – dijo la chica – Protégela de las ninfas se han vuelto muy ansiosas con el paso de los siglos.
- Os acompañaré – intervino él, haciendo que ambas ladeásemos la cabeza para mirarle, acababa de llamar a un caballo que atravesó el bosque y se postró frente a su amo, pero a diferencia del primero, este era de color negro, con trenzas en su pelamen – debo visitar la ciudadela con nuevas para nuestro padre.

Me aferré al cuerpo de mi protectora y me dejé llevar al galope del caballo, hacia lo desconocido, desviando la vista sin apenas darme cuenta, observando a ese apuesto muchacho de ojos claros, cabello rojizo y aleonado. Tenía la vista fija en el frente, y ni siquiera parecía percatarse de que le miraba, eso calmó mi corazón.

Allí arriba me preguntaba sobre los poderes que tendría él. Sabía que los guerreros podían tergiversar la vista de los que le rodeaban, excepto la suya, eso sólo hacía crecer más mi curiosidad, pero ... ¿qué tipo de poder tenía ese ser? Quizás podía verme porque ese era su poder.

- ¿Por qué no ha funcionado con él? – quise saber, haciendo que él se fijase en nosotras, algo confuso con mi pregunta. Era imposible que hubiese podido escucharme, entonces... ¿qué ocurría?

- Ahora no – pidió ella, haciendo que me diese cuenta de que era cierto. Ese ser podía escucharnos. ¿Qué más podía hacer?

Sabía perfectamente a dónde nos dirigíamos, el nauac ya me lo mostró una vez, el camino hacia la ciudadela, el lugar de la eterna primavera, pero en aquella ocasión era de noche, y apenas se podía ver nada. Además, la distancia me parecía infinitamente mayor, tan sólo podía abrazar a la única en quién podía confiar, esperando no ser descubierta por los que me querían ver muerta, tener fe por tener éxito en mi misión.

Lo que más me inquietaba en ese momento era... ¿dónde encontraría la espada?

La espesa niebla pronto nos envolvió, haciendo difícil el camino, ni siquiera podía ver ya a ese chico, y temí que se perdiese, perdersen nosotros.

- ¡Deberíamos acampar aquí! – sugirió Gale, haciendo que Ailein se detuviese y mirase hacia él, a través de la niebla, como si realmente pudiese, yo sólo la veía a mi alrededor, esa espesura blanca – no lograremos nada si seguimos a ciegas.

Me bajé del caballo con la ayuda de esa que era igual a mi amiga y miré de nuevo hacia todas partes, no podía ver nada, y entonces le vi, adentrándose en ella, llegando hasta mí. Cogió aire en sus pulmones, y cuando sopló a nuestro alrededor, este se disipó, dejándonos un poco de visibilidad. Sonreí, agradecida.

- Dámelo – pidió Ailein, sorprendiéndonos, mientras ella observaba la botellita que colgaba de mi cuello. Me lo quité y se lo cedí, observando como lo abría y lo esparcía sobre nosotros, logrando que una bóveda azulada nos rodease, protegiéndonos – Ella está un poco soñolienta, no nos salvará de mucho esta noche – él asintió, como si entendiese su actitud, yo no entendía nada.

- ¿No deberíamos encender un fuego o algo? – me quejé, intentando ser útil.

- Eso delataría nuestra posición – contestó él, aún extrañado de que no supiese tales cosas.

- Estuvo en el reino helado todo este tiempo – explicó Ailein, siguiendo aquella mentira que ya había contado – creo que ha olvidado lo que es vivir a este lado.

- Subamos – ambos miraron hacia arriba, y yo lo hice con ellos. No tenía ni idea de qué era lo que iban a hacer, pero entonces algo loco surgió, con tan solo una orden de aquel ser unas lianas cayeron frente a nosotros, asustándome. Ailein ni siquiera me dejó reaccionar, me agarró del brazo, y cuando quise darme cuenta se había impulsado hacia arriba conmigo auestas. Me agarré a su mano, aterrada, observando a Gale, que subía mucho más rápido que su amiga, hasta la cima de los árboles, haciendo que quedase maravillada al verlo todo desde allí arriba. No había nada de niebla allí arriba, estaba despejado, pero podía ver como esta se extendía de un lado y de otro, y bajo nosotros – realmente debe hacer mucho que no vienes a esta parte del reino – dijo él, mientras yo me sentaba en una de las ramas y me agarraba a ella, con temor a caer. Él sonrió y se sentó a mi lado.

- No la atosigues, Gale – se quejaba Ailein, indicándole con una sola mirada que se mantuviese alejado de mí. Él sonrió, se echó hacia atrás, sobre el tronco del árbol, cerrando los ojos un momento, como si fuese a dormir ahí – tranquila, no caerás – me dijo, al ver mi terror, me gire a mirarla – tan sólo debes creer que no lo harás.

- ¿Qué es él? – quise saber, casi en un susurro, él sonrió, como si pudiese escucharnos, ella le miró de reojo.

- Te lo dije la última vez que nos vimos, Varsha – contestó, sin dejar responder a mi amiga. Ladeé la cabeza, y me sorprendió verle allí, despierto, mirando hacia mí – soy un Tlaloque.

- El más fiel a nuestro padre – añadió ella, para que me diese cuenta de que era el enemigo, no debía confiar en él.

- ¿La conociste? – quise saber, haciendo que los dos pusiesen los ojos en mí – He oído hablar sobre una tlaloque, una de las primeras que llegaron a este mundo, Allora era su nombre.

- ¿Quién no conoce la historia de la princesa Allora? – se quejó él – Pero no, no la conocí personalmente, ella fue muy anterior a mí – abrí la boca, al darme cuenta de lo que eso significaba. Él no nació, sólo fue creado. ¿Cómo lo hacían? ¿Cómo se podían

crear, así como así?

- Todos los tlaloques posteriores a los 6 primeros, tienen además de guías de la lluvia otras misiones – me informó, haciendo que él la mirase sin comprender – quizás ella hace mucho tiempo que no visita nuestro mundo – asentí, en señal de que así era.
- ¿Cuál es tu misión? – quise saber, él sonrió, divertido, antes de contestar.
- Protejo los cielos en busca de ella – tragué saliva, algo me decía que estaba a punto de conocer un secreto poderoso – la hija perdida de Allora – lo comprendí entonces, cuál era su misión, era encontrarme. Eso me hizo preguntarme... ¿qué haría él si supiese que ya lo había hecho, que me tenía justo delante?
- ¿Y la encontraste? – quise saber. Él sonrió un momento.
- La sentí dos veces, su energía – tragué saliva, aterrada – en el templo de Numb, en la cima más alta de las montañas de Corea del Sur. Mandé a los guerreros a buscarla, mi cometido no es capturarla, eso es algo que no me compete a mí – asentí, dándome cuenta de quién había enviado a esos seres a apresarme, las dos veces, pero no lo consiguieron gracias a la anciana que me protegió.
- ¿Crees que esa chica es malvada?
- Eso no es algo que me corresponda a mí decidir – contestó, aunque por su cara, podía ver que en realidad pensaba que no, no lo era.

Me di cuenta entonces, había algo misterioso en él, algo que llamaba mi atención, quizás eran sus ojos, la forma en la que me miraba cuando se suponía que no le estaba mirando.

## Capítulo 10

### Capítulo 8 – El color del cristal.

Aquella mañana la niebla había desaparecido por completo, no había ni rastro de ella por ninguna parte. Estaba muerta de hambre, quizás por eso Ailein sugirió ir a buscar vallas por los alrededores del río, dejando a Gale allí, aún dormido.

- Tienes que tener cuidado con él, no es cómo los demás – asentí, en señal de que lo entendía – es mucho más astuto y más inteligente, sus poderes están mucho más desarrollados, quizás por eso Tlaloc confía tanto en él.
- Él fue el que me dio esto la primera vez que estuve aquí – señalé hacia la botellita vacía de ese mejunje que nos protegía aún, sobre nosotros.
- Lo sé, su olor estaba por todo el frasco – no dije nada al respecto – pero quería que supieses que, aunque pueda parecer amable, no es de fiar, Varsha.
- ¿Por qué aceptaste entonces que nos acompañase? – quise saber, ella dejó de coger bayas entonces, y me observó, sorprendida.
- ¿Ichtaka no te lo ha contado? – negué con la cabeza - ¿ni siquiera la diosa? – volví a repetir el mismo gesto anterior – La última llama de Xiutecuithli, él conoce dónde se esconde – lo comprendí entonces, él era la clave.
- Es tarde – dijo una voz a nuestras espaldas, haciendo que ambas mirásemos hacia atrás, preocupadas, pues... ¿hasta qué punto de nuestra conversación habría escuchado? – debemos irnos, las ninfas del río no tardarán en hacer su entrada triunfal, es mejor que estemos lejos cuando eso ocurra – algo llamó mi atención de su atuendo, justo cuando levantó las manos para hacer volver la sustancia azulada que nos había protegido todo ese tiempo, hizo un juego con sus manos, y luego devolvió mágicamente ese mejunje al interior de mi botellita, sin tan siquiera quitarle el tapón para que entrase, mientras yo seguía mirando a su pecho - ¿Esto? – preguntó, levantando su amuleto, era un diente de un animal, amarrado con una cuerda, colgado de su cuello – es uno de los colmillos del demonio de fuego, comúnmente conocido como el caballero de fuego Xiutecuithli, ¿ese nombre te suena de algo? – él lo sabía, nos había escuchado, pero yo fingí normalidad, y negué con la cabeza.

- Creo que es demasiado tarde – dijo una voz junto a nosotros – ya están aquí – levanté la vista, mirando a nuestro alrededor, había largas y finas ramas delante de mí, pero estas tenían ojos, brazos y piernas, eso me hizo abrir la boca, sorprendida, jamás esperé algo así.
- Llévatela – pidió él, haciendo aparecer de la nada su espada, en cuanto lo hizo lo descubrí, quién era la figura blanca en el tablero de ajedrez, porque la espada que ese ser portaba era la misma que debía encontrar. Ni siquiera pude preguntar al respecto, pues Ailein tiró de mí, llegando hasta los caballos, montándose en el suyo, dándome la mano para impulsarme hacia arriba.
- Ailein – la llamaba, pero ella estaba concentrada, intentando alejarnos de esos seres, mientras él nos defendía de ellos – la espada de Xiutecut... – ¡Cielos! ¿Cómo demonios era ese nombre? – Del caballero de fuego – terminé cansada de intentarlo mentalmente – él la tiene.
- Acabo de decírtelo – se quejaba ella – la esconde en algún lugar.
- No, no la esconde – me quejé – Es la que está usando en este momento para luchar contra esos seres – el caballo se detuvo entonces y miró hacia atrás, fijándose en la luz azulada que desprendía la espada, una luz tan fuerte y tan potente que llegaba hasta nosotros.
- No es posible – se quejó ella, aún sin comprender la situación – Esa espada no puede ser empuñada por ninguno de los nuestros, Varsha – la observé, sin comprender – Fue creada para destruirnos – insistió – sólo el elegido puede empuñarla. Y él no puede ser elegido.
- ¿Por qué no? – insistí.
- ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué actúas como si no lo supieses? – La miré, sin comprender, porque realmente no lo hacía - ¿La profecía no te lo mostró? – negué con la cabeza.
- Sólo me mostró a una figura blanca, empuñando la espada, acabando con el caballero de fuego, salvando a mi madre.

- Él no puede ser el elegido – repitió – el elegido posee las capacidades de todos nosotros, incluso la tuya – abrí la boca, sin dar crédito – un ser tan poderoso como ese no puede ser un simple tlaloque. Además, murió hace mucho, en la batalla. Yetzel se hacía llamar.

El galope del caballo de Gale nos hizo salir de nuestros pensamientos. Lo vimos llegar hasta nosotros, y a esos seres rodeándole, mientras él aligeraba la marcha y llegaba hasta nosotras, que también emprendimos de nuevo la marcha hacia lo desconocido.

- Deberíamos seguir a pie – gritó Ailein, haciendo que él asintiese – les haré creer que aún seguimos montados en los caballos y los haremos correr en círculos.

La idea de mi protectora surtió efecto, pero el camino a pie era incluso más peligroso y cansado de lo que lo era a caballo. Atravesar aquella zona fría hasta llegar a la ciudadela no era tan fácil como ese mejunje azul me había mostrado.

- Ten – me dijo él, a mi lado, cediéndome un cuchillo – deberías tener un arma con la que defenderte si te atacan – giré la cabeza para mirar hacia Ailein, estaba ocupada mirando hacia el cielo, buscando pájaros, quizás buscando el camino correcto - ¿por qué buscáis la espada? – quiso saber. Eso me asustó, que pudiese descubrir nuestro secreto.

- ¿Por qué puedes tu empuñarla? – reclamé con otra pregunta, evitando la suya. Sonrió, como si mi forma de responder fuese divertida.

- Quizás sea diferente a los de mi especie – contestó y yo me gire a mirarle, justo cuando un hombre moreno llegaba a nosotros, tenía un traje azul y rojo, y una larga lanza en una mano, también alas en su espalda, como si fuese un ángel. Levanté el puñal que acababa de conseguir, mientras que él sacaba su espada.

- Allora – me llamó, como si acabase de ver un espejismo, era natural, era la viva imagen de mi madre, demasiado parecida a ella.

- No es ella – dijo la voz de mi protectora detrás de él, haciéndole retroceder – es una viajera que viene de los reinos del norte.

- No es cierto – dijo la criatura alada – los viajeros se extinguieron hace tiempo, con la

caída del caballero de fuego.

- Es la última en su especie – aseguró Gale, a mi lado, agarrando mi muñeca, tan fuerte que consiguió hacerme daño. Me quejé y me fijé en él, tenía la vista fija en el bolsillo de mi túnica. Le observé, sin comprender, justo cuando ese ser y mi protectora se lanzaban a luchar, en un cuerpo a cuerpo. Eso le dio una tregua al ser que aún me sostenía, que hizo algo que un ser como él no debería poder hacer, tiró de mí hacia el cielo, mientras Ailein se quejaba al respecto.

- ¡No! – gritó, intentando llegar a mí, mientras yo cerraba los ojos horrorizada. Lo cierto es que tenía vértigo, no quería mirar hacia abajo, me horrorizaba, pero al abrir los ojos aparecimos en un lugar distinto, un lugar que conocía a la perfección. Era un tablero de ajedrez, con tonos blancos y azules.

Me solté en cuánto me di cuenta que él estaba entrando en mi mente.

- No eres un simple tlaloque – me quejé.

- Tu tampoco eres una simple Nyamb – tragué saliva, sin saber qué decir, bajando la cabeza con rapidez – enséñame el cristal que Xochiquetzal te dio – pidió, haciendo que le observase, sin comprender cómo podía saberlo.

- ¿Qué eres tú? – quise saber.

- El que propondrá el trato que salve a tu madre – tragué saliva, pues él parecía haber descubierto quién era yo. Pero ... ¿por qué no había llamado a los guerreros para que me apresasen? Le observé, su perfecta sonrisa que ocultaba muchos más secretos de los que imaginaba. Uno no debería confiar en alguien que tenía tanto que esconder, pero se me acababa el tiempo, también las opciones.

- Te escucho – ensanchó la sonrisa.

- Tlaloc liberará a Allora – esperé para escuchar la segunda parte, pues sabía que ese dios pediría algo a cambio – yo mismo empuñaré la espada que la libere de su prisión. A cambio, servirás a nuestro rey.

- ¿Qué implica exactamente servirle? – volvió a sonreír, al darse cuenta de que yo era más inteligente de lo que habría creído en un principio.
- Serás una prisionera y harás realidad cada uno de sus deseos, todo lo que se te pida, sin oponer resistencia – volví a mirar hacia él, y sonreí, divertida.
- ¿Y si digo que no? – tragué saliva, negociar nunca se me dio bien.
- Llamaré a los guerreros para que te apresen ahora mismo y Allora seguirá cautiva dentro de ese ser, por toda la eternidad.
- Si me apresan ¿seré una esclava? ¿o me mataréis?
- Eres más astuta de lo que se ve a simple vista ¿no?
- El mismo final para mí, distinto para mi madre – me percaté. Él asintió – Te diré algo, aceptaré la primera opción, porque ya he visto una parte de la profecía y se lo que ocurre al final.
- Es una sabia elección – tragué saliva, y entonces miré hacia abajo, aún seguíamos subiendo hacia los cielos. Él sólo estaba metido dentro de mi cabeza – No – respondió a esa pregunta que aún no había ni echo – ella no podrá acompañarnos, no puedo arriesgarme a que me traicionen.
- ¿Por qué quieres el cristal? – sonrió, divertido.
- Quiero ver el color – le observé, sin comprender, justo cuando atravesamos una nube, sentándonos sobre ella, como si fuese un simple sillón. Era del todo imposible, pero en aquel lugar la fantasía superaba a las leyes de la física – no habéis escuchado el final de la profecía, y el color del cristal me ayudará a adivinar un posible final.

- Dime cuáles son los colores y sus posibles finales – sonrió, mirando despreocupado a las aves que sobrevolaban el lugar, cerca de nosotros – te diré de qué color es, después de escuchar tus teorías.

Rojo, sangre. Morirás antes de haber podido despedirte de tu madre. Azul, esperanza. Te despedirás de ella, mentirás sobre tu estancia aquí y te convertirás en la sierva de nuestro señor. Negro, oscuridad. El demonio no morirá después de ser atravesado con mi espada, tu madre morirá y ese ser encontrará un nuevo recipiente dentro de ti. Verde, pérdida. El poder de la espada me consumirá antes de haber completado mi misión y serás tú la que la empuñe, matarás a ese ser y luego morirás, por no poder soportar todo el poder que conlleva usar la espada. Naranja, traición. Me traicionarás y terminaré clavándote la espada en el corazón. Blanco, unidad. Aún no he decidido un final apropiado para la unidad, pero creo que harás algo para huir de tu destino, es el único color que alberga una esperanza para librarte de todos los destinos en los que debas quedarte en este lugar. Amarillo...

- Blanco – contesté. Rompió a reír, como si no pudiese creerme, entonces metí la mano en el interior del abrigo y saqué el cristal, sorprendiéndole. Tragó saliva y levantó la mano, acariciándolo, despacio, dando un par de pasos hacia atrás, apartando la mano con rapidez, como si este le hubiese mostrado algo desagradable – Esto quiere decir que me salvaré.

- No – contestó, molesto, mirando hacia ahí abajo, sacando una bola azul del bolsillo de su túnica, tirándolo hacia abajo. Le observé, sin comprender, quedándome perpleja al ver subir a Ailein – Lo haré – ambas le observamos, sin entender su afirmación – me pondré de vuestra parte en esta guerra.

# Capítulo 11

## Capítulo 9 – Yetzel.

Ninguna de las dos entendíamos la decisión de Gale, pero él no nos dio muchas más explicaciones, por lo que Ailein y yo tuvimos que sacar nuestras propias conclusiones. Ella no arrojaba luz a mis pensamientos con sus descabelladas ideas, y él se mantenía en silencio durante todo el camino, hasta que llegamos a la cima, y observamos a nuestros pies aquel lugar de ensueño. Era como salido de una película de fantasía, el lugar más bonito que había visto jamás, incluso más que la primera vez que le vi, en un sueño.

- Explícame otra vez que ha hecho que cambies de opinión – él me ignoró, como en los últimos dos días, mirando hacia el espectáculo que tenía lugar en aquella posada. Apoyé la jarra de cerveza sobre la mesa y me hice escuchar entre el barullo de nuevo – estabas dispuesto a venerar a tu señor, y ahora estás aquí, pensando en cometer alta traición – apoyó sus manos en mi boca, tapándomela, haciendo que varios curiosos se fijasen en nosotros.
- Si sigues hablando así, harás que nos maten – pero yo no podía reaccionar, no cuando él estaba tan cerca. Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre, y me había quedado sin palabras – deberías subir y asearte, nos marcharemos a media noche – me soltó entonces y yo me puse en pie con rapidez, él lo hizo después, sin dejarme ir aún – he oído que en el mundo de los mortales hay agua caliente y que allí os bañáis todos los días.
- Hay algo sobre lo que tengo curiosidad – comencé, volviendo a cambiar el tema, él sonrió, divertido, mientras yo volví a fijarme en el diente del demonio que colgaba de su cuello. Levanté la mano y lo acaricié, haciendo que él mirase hacia ese punto, esperando a que dijese algo más – Ailein dijo que el elegido, el único que podía sujetar esa espada... murió en la batalla.
- Ven – me llamó, agarrándome de la muñeca, llevándome a un lugar que no era real, estábamos sumergidos en un lago. Era hermoso. Jamás antes había visto una cascada igual, el paisaje que nos rodeaba, los pájaros cantando a nuestro alrededor, y el sonido del agua cayendo me calmaba. Mi mirada se detuvo en él, estaba mojado, incluso sus cabellos lo estaban. Pero no fue eso lo que me impactó, si no su desnudez por la parte de arriba.

¡Por Dios Bendito!

Me tapé el pecho en cuanto comprendí que yo también podría estarlo, y me di la vuelta, haciéndole reír. Miré entonces hacia mi atuendo. Gracias

al cielo yo estaba vestida, llevaba una larga túnica blanca.

- No es real – me calmó – es sólo un lugar dónde nadie más pueda escucharnos – le encaré entonces, enfadada.
- ¡Eres un degenerado! – espeté, molesta – podrías haber elegido cualquier otro lugar, pero eliges...
- ¿Qué es exactamente lo que te da miedo, Varsha? – se quejó él, mirando hacia la forma en la que las ninfas marinas nos rodeaban, despreocupadas, en paz, como antes de que llegasen los demonios a ese mundo. Perdí mi enfado entonces, volviendo a prestar atención a su pecho, a ese colmillo que colgaba de su cuello.
- ¿Cuánto tiempo llevas en este mundo? – pregunté al fin, haciéndole sonreír, al darse cuenta de que lo había averiguado.
- Eres perspicaz – contestó – cómo has podido comprobar no morí en la batalla – abrí la boca, al darme cuenta de que había tenido razón al pensar que Yetzel y Gale eran la misma persona. La cerré con rapidez, y tragué saliva – Tan sólo viajé a otro lugar.
- ¿A qué lugar? – sonrió, divertido, yo era más curiosa que el resto de seres de su mundo, y eso le gustaba, como jamás antes le gustó algo.
- Hay secretos que no puedo desvelar todavía, princesa – sonreí, dejando caer la mano, observando como él la agarraba al vuelo, y volvía a colocarla sobre su pecho. Se sintió extraño al rozar su piel cálida, era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre de esa manera.
- ¿Dónde estuviste? – volví a preguntar, intentando focalizar todas aquellas sensaciones extrañas hacia otro lugar.
- Curiosa, muy curiosa...
- ¿Qué hacéis los dos aquí abajo? – dijo una voz junto a nosotros, sacándonos de aquella realidad, devolviéndonos de nuevo a aquel antro. Ambos nos echamos hacia atrás, con rapidez, ni siquiera estábamos cerca del otro, pero necesitábamos poner más

distancia entre ambos.

- Iré a darme un baño – dije, sin despedirme de ambos siquiera subiendo las escaleras hacia nuestra habitación.

Darme un cálido baño caliente calmó mi corazón, o eso fingí, porque en el fondo estaba ansiosa, la situación anterior me había afectado demasiado. La cercanía de ese hombre que no conocía. Un ser que había vivido hacía mucho tiempo, incluso antes de que mi madre hubiese cometido una traición, antes si quiera de que la diosa del amor fuese castigada al norte de la isla. ¿Cuántos años tendría ese ser? Y lo que era aún peor, ¿dónde demonio había estado?

Me solté el cabello, saliendo de la tinaja, agarrando la toalla con la que secar mi cuerpo, levantando la mirada en cuanto terminé de colocarla alrededor de él, observando allí a Gale, desnudo por la parte de arriba. Su torso era extenso, y aún tenía miles de gotitas de agua sobre su pecho, haciendo que el colmillo resaltase de una forma especial.

¡Oh Dios Mío!

¿Por qué estaba allí ese hombre?

Se acercó, despacio, mientras yo retrocedía, hasta chocarme con la pared, fijándome en las sombras que dibujaban las velas de la estancia en la habitación.

- ¿Ailein te ha contado también lo que soy? – preguntó, haciendo que comprendiese que ese ser estaba creando de nuevo una ilusión, sin lugar a dudas, ni siquiera estaba allí en ese momento. Sonrió, divertido, como si estuviese adivinando lo que pensaba – estoy detrás de tu puerta, ¿crees que sería tan osado cómo para entrar en la habitación de una mujer que se está dando un baño?

Atravesé la estancia, molesta, atravesando la figura que él había hecho aparecer de sí mismo, abriendo la puerta, descubriéndole allí, vestido, sorprendido de verme tan sólo con una fina toalla cubriendo mi cuerpo.

- No quiero que te metas en mi mente – espeté. Asintió, como si fuese a aceptar mi petición – Eres una mezcla de todas las criaturas.

- Quizás quieras ponerte algo más antes de que hablemos – me dijo, haciéndome recordar que acababa de salir del baño. Le cerré la puerta en las narices, haciéndole sonreír, mientras yo me maldecía. ¿Cómo había podido abrirle la puerta con aquellas

pintas?

## Capítulo 12

### Capítulo 10 – El hombre lobo.

Hacía frío esa noche, una espesa niebla se extendía por todo el pueblo, algo oscuro estaba por llegar, y la mayoría de los ciudadanos del lugar lo sabían, por eso no solían salir a altas horas de la noche, sólo había 3 extraños a caballo recorriendo esas calles, atravesando el pueblo, nos quedaba un largo camino que recorrer hasta llegar al palacio del agua, el lugar donde Tlaloc habitaba.

El paseo estaba siendo demasiado silencioso, cosa normal, pues yo aún estaba enfadada con ese cretino que había osado irrumpir en mi habitación cuando me daba un baño, aunque sólo fuese una ilusión. A él también parecía haberle molestado algo, pues tenía el ceño fruncido. Era cuestión de tiempo que Ailein se percatase de ello.

- Están aquí – dijo de pronto él, haciéndome salir de mis pensamientos, percatándome de que la niebla nos había cubierto por completo, ya ni siquiera podía ver nada a mi alrededor. Le observé, sin comprender, empezando a apreciar como un humo rojizo empezaba a alcanzarnos, asustando a nuestros caballos – guíala hacia el sur – pidió a mi protectora, para luego sacar su espada, mientras su caballo relinchaba y él se preparaba para la lucha.

- ¿Podrás con ellos tú solo? – quiso saber ella, preocupada, mirando hacia atrás. Seguí sus pasos y entonces lo vi, una figura alada se entremezclaba en la niebla, podía ver su sombra roja, como poco a poco estaba alcanzándonos.

- Iros ya – azuzó él, como única respuesta. Ella asintió y condujo nuestro caballo, alejándonos del lugar. A medida que nos alejábamos sentía una opresión en el pecho, como si tuviese la certeza de que algo iba mal.

- ¿Ha pasado algo entre vosotros? – quiso saber Ailein, sacándome de mis pensamientos nuevamente. Me giré hacia ella, que me abrazaba por detrás, protegiéndome de los peligros, mientras seguía llevando las riendas de su caballo – no soy tonta, el malestar entre ambos es palpable.

- Es un idiota – fue mi respuesta. Ella sonrió, divertida.

- Es parte de su encanto – contestó. La observé, sin entender lo que quería decir – Nunca pregunta, siempre da las cosas por echo, y es demasiado reservado en cuanto a

su persona.

- Aun así, me lo dijo – pensé en ello un momento – la razón por la que puede sostener esa espada – Ella se sorprendió al respecto, pero esperó a que dijese algo más – Yetzer no murió en la batalla, escapó de alguna forma – mis palabras la sorprendieron demasiado.

- ¿Insinúas que Gale es Yetzer? – preguntó – Eso no es posible – se quejó al respecto – Desapareció después de la batalla.

- Es él – insistí – quizás estuvo en otra parte antes de volver a casa.

- Tú no lo entiendes, Varsha – dijo ella – Yetzer ...

Un pequeño temblor nos sorprendió a ambas, seguido por el brillo desmesurado del nauac que iba colgado de mi cuello. El caballo se detuvo y ambas miramos hacia atrás. La angustia me invadía, algo estaba ocurriendo.

- ¿Ves lo que te digo? Si Gale hubiese sido Yetzer hubiese detenido a los demonios, pero ...

- ¿Los demonios? – pregunté, asustada.

- En lugar de eso ha desatado su poder – anunció, ordenando a su caballo que siguiese su camino. Yo no podía dejar de mirar hacia atrás, preocupada por aquel idiota – Yetzer era la más fuerte criatura que ha habido jamás sobre estas tierras, incluso más que el caballero de fuego.

- Deberíamos volver – dije, casi sin pensar, sorprendiendo a mi protectora – podría estar en peligro.

- ¡Por supuesto que está en peligro! Pero no podemos poner nuestra vida en riesgo también.

- Él tiene la espada – insistí, aunque no quería volver sólo por eso – no tenemos nada que entregar a cambio del alma de mi madre a ese ser – ella comprendió mi punto en seguido y dio la vuelta al caballo, molesta, volviendo a ese lugar.

A medida que avanzábamos iba sintiendo como esa opresión en mi pecho crecía, ni siquiera sabía qué era lo que íbamos a encontrarnos.

Había algo extraño en el ambiente, la niebla roja había desaparecido, pero la blanca era tan espesa que apenas podía ver nada, por lo que tuvimos que bajarnos del caballo y continuar a pie.

El nauac seguía brillando tanto que tuve que quitármelo y dejar que nos guiase. Este tiraba de mí, enseñándonos el camino correcto, como una linterna en la oscuridad, a ciegas.

Un grito de Ailein a mi lado me hizo perder la desconcentración un momento y mirar hacia ella, a mi derecha, observando el suelo, parecía haber chocado con algo. Era una enorme figura, similar a un rinoceronte, pero con grandes brazos y piernas, de piel oscura. Inconsciente.

Seguí avanzando, dejándola atrás, preguntándose qué era lo que había ocurrido, y seguí avanzando entre la niebla, abriéndome paso entre los distintos cuerpos inertes de otros demonios, hasta llegar al final de la niebla, en lo que parecía ser la plaza del pueblo, junto a un viejo pozo. Estaba terriblemente sorprendida, ni siquiera podía reaccionar, no al ver aquella escena: la figura alzada de lo que parecía ser una figura de hombre con pelaje de lobo, brazos firmes con grandes garras y piernas esbeltas y peludas, vestida con las mismas ropas que le habían pertenecido a Gale, miraba hacia el ser que tenía delante, otro demonio que lucía igual que una comadreja. La cabeza del animal era igual que la de un felino, pero no era tal, tan sólo un demonio.

La luz del nauac creció, dando pequeñas ráfagas, hasta llegar a aquellos dos, delatando mi posición. Sintióse descubierto el hombre lobo hizo volar por los aires a su enemigo y luego miró hacia mí, era tan aterrador que sentí miedo, a pesar de que mis piernas no podían moverse o actuar, me había quedado paralizada, con esa mirada de ojos negros que inundaban completamente la cuenca de sus ojos.

Un grito desesperado salió de su garganta, haciendo que esa figura se elevase hacia el cielo, con el pecho descubierto, con una luz igual a la que yo sostenía rodeándole, transformándole en Gale, poco a poco, y cuando la tarea estuvo completada, esa figura cayó al suelo, sobre los adoquines,

inconsciente.

- Los demonios deben haberlo golpeado en la cabeza, estará inconsciente – dijo Ailein a mi lado, parecía que acababa de llegar y que no había presenciado lo mismo que yo - ¿quién habrá podido derrotarlos?

Caminé hacia la figura agazapada que yacía en el suelo, dejando a Ailein intentando buscar una explicación para lo ocurrido. Me agaché junto a él, con cuidado, sin querer preguntarme qué era lo que había presenciado hacía un momento, y acaricié el apuesto rostro de ese hombre. Sonreí, como una idiota, como si una parte de mí hubiese comprendido algo que mi cabeza aún no podía.

Sus ropas estaban más deshilachadas que de costumbre, dadas de sí, como si una figura mucho mayor las hubiese llevado puestas.

Sus ojos se abrieron, encontrándose con los míos, pero no me aparté ni un poco, necesitaba respuestas. Él me observó, como si fuese la cosa más real que hubiese visto jamás.

- ¿Estás bien? – quise saber. Asintió, sin hacer otra cosa más que mirarme, justo cuando Ailein llegaba hasta nosotros y le cedía la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

Me sentí como una idiota desde allí abajo, mientras mi protectora cuidaba de que no tuviese ni un rasguño. Les observé, lucían cercanos. Quizás había algo entre ellos.

- ¿Qué es lo que ha pasado? – se quejaba, mientras él negaba con la cabeza, en señal de que no lo contaría.

- Deberíamos continuar – aseguró, para después silbar hacia su caballo, haciéndolo venir hasta nosotros.

Se subió hacia él y miró hacia nosotras. Tragué saliva, por alguna razón desconocida no me gustaba la forma en la que Ailein le miraba, y eso me asustó. Eché a andar hacia nuestro caballo, justo cuando ella lo hacía venir con un simple silbido. Me subí detrás de ella y me rehusé durante un buen rato a tocarla, mientras seguíamos nuestro camino, pero con el movimiento del caballo y los calmados sonidos de la noche, terminé quedándome dormida sobre ella.

- ¿Pesa mucho? – bromeó Gale, haciéndola sonreír.

## Capítulo 13

### Capítulo 11 - El trotamundos.

Los búhos ululaban en aquel silencioso bosque, mientras tres extraños lo rodeaban, evitando el río que atravesaba la ciudad, era el camino más seguro para llegar al palacio del agua. Ni siquiera sabía por qué lo llamaban así.

- Deberíamos acampar – dijo la voz de Ailein, haciendo que él detuviese su caballo - ¿puedes ayudarme a bajarla sin que se despierte? – él asintió, se bajó del animal y me agarró del brazo, tirando de este hasta que caí sobre él. Me sostuvo a salvo, dejándome sobre la hierba, volviéndose a mirar hacia mi protectora – Gale, si ocurriese algo... me lo contarías, ¿verdad? – él tragó saliva, incómodo, llevaba demasiado tiempo guardando sus propios secretos.

- Deberías descansar, es tarde – ella asintió, dando por zanjada la conversación, sabía que él jamás se abriría del todo, a pesar de que la considerase parte importante en su vida.

Hacía calor, como si nos encontrásemos en un clima tropical. Quizás fue eso lo que me despertó, o fueron los mosquitos posándose en mi piel, o el constante ruido de las gotas que caían a nuestro alrededor, no sobre nosotros.

Abrí los ojos y me senté sobre la hierba. No sabía cómo habíamos llegado a ese lugar, lo último que recordaba era haberme quedado dormida sobre Ailein a caballo.

Llovía, pero nosotros estábamos protegidos por una bóveda que alguien había formado con el nauac de mi botellita.

Miré hacia mi protectora, dormía plácidamente. Pero de Gale no había ni rastro. Me elevé y me di una vuelta por los alrededores, deteniéndome antes de haber salido de la protección del nauac, observando la forma en la que la lluvia lo empapaba todo a su paso. Saqué la mano, dejando que me la empapase también. Sonreí, aquella sensación me reconfortaba.

Le escuché a mi lado, pero ni siquiera me volteeé a mirarle, aún me sentía incómoda, aunque mentiría si os dijese que era solo por lo que había descubierto sobre él, la familiaridad que había descubierto entre Ailein y él también me hacía ser así. Pero no iba a hablar al respecto, no cuando no

era algo que fuese de mi incumbencia.

- ¿No puedes dormir? – quiso saber. Sonreí, sin responder al respecto, sentándome sobre el tronco doblado del árbol que se mojaba fuera de aquella circunferencia azulada y miré hacia él, dispuesta a obtener respuestas. La desinformación siempre ha sido mi punto álgido para inmiscuirme en asuntos que no me conciernen.

- Tus ojos eran negros – comencé, girando la cabeza para observarle. Él seguía mirando hacia el exterior, pero pude ver su malestar, apretó los puños – eras un hombre lobo y ahora...

- Un demonio – contradijo, mirando hacia mí, dando un par de pasos hasta colocarse delante, entonces se agachó, en cuclillas – eso es lo que viste.

- Pero tú no puedes ser un demonio – me quejé, sonriendo, quitándole importancia al asunto – tú mismo dijiste que eras un tlaloque – asintió.

- No debes contarle a nadie lo que viste – rogó, eso me sorprendió demasiado, me chocó incluso. ¿Es que acaso él no confiaba en los suyos? – Es complicado, Varsha.

- No se lo contaré a nadie – prometí, estaba dispuesta a guardar sus secretos, pero antes necesitaba saber más – pero tienes que contármelo.

- No – contestó, poniéndose en pie, dándome la espalda por un momento. No me moví, a pesar de lo inquieta que estaba.

- Entonces no puedes culparme de intentar buscar respuestas por otros medios – se volteó, frustrado, y volvió a agacharse, poniéndose de rodillas esta vez – ¿no puedes confiar en mí? – insistí. Él miró hacia mis ojos, intentando averiguar si podía compartir ese secreto conmigo, y entonces habló.

- Aquí no es seguro – tragué saliva, sin comprender lo que eso quería decir – hay espías de Tlaloc por todas partes – estaba incluso más perdida, pues se suponía que él era leal a su señor. Se puso en pie, antes incluso de que hubiese pensado en algo más y me tendió la mano. Le observé, sin comprender – me pides que confíe en ti... - asentí - ¿no deberías antes confiar tú en mí? – tragué saliva, entendiendo su punto de verlo. Alargué la mano para aferrarme hacia la suya, y entonces hizo algo loco, tiró de mí hasta haber atravesado la cúpula, haciendo que ambos nos mojásemos.

Le observé, en busca de explicaciones, pero entonces él volvió a tirar de mí, saltando a un pequeño charco que había cerca del río, lo

suficientemente grande para llevarnos a ambos a algún lugar.

Pisé tierra firme y miré a mi alrededor. Él estaba a mi lado, pero no era eso lo que me sorprendía, si no que conocía perfectamente esos bosques. Era Rosewood, aunque algo había cambiado. Él sonreía, parecía divertirse con mi reacción.

Era mi hogar, incluso estaba aún la cabaña en la que me había criado, a pesar de eso lucía mucho más restaurada, y la chimenea estaba prendida, señal de que había alguien en el interior.

La puerta se abrió pero no salió de ella la persona que esperaba, era una mujer, y la reconocí e seguida. Allora, mi madre. ¿Qué demonios significaba aquello?

- Yetzer – le llamó ella, haciendo que comprendiese que realmente se conocían. Él había mentido aquella vez, cuando le pregunté si la conocía - ¿por qué estás aquí? – se fijó entonces en mí, reconociéndome en seguida.

- Vuestra hija necesita respuestas, y yo no puedo dárselas – contestó. Aquello me resultaba incluso más extraño.

- ¿Varsha? – llamó mamá, mientras él daba un par de pasos hacia atrás, y dejaba que ella llegase hasta mí, abrazándome con fuerza, como si hubiese pasado una eternidad separada de mí. Y lo había hecho, recién nos encontrábamos desde mi nacimiento. Abrazarla se sintió bien, como algo familiar, no como una desconocida.

- Las leyes de vuestro mundo me impiden hablar sobre lo que soy – insistió, haciéndose oír – pero deberíais daros prisa, Ailein duerme en nuestro mundo, no debe enterarse de que hemos desaparecido.

Allora dejó de abrazarme y caminó entonces hacia él, el bofetón que le proporcionó fue tan sonoro que me sorprendió que no le hubiese dañado. Él sonrió, aceptando aquel, bajando la cabeza un momento.

- ¿Por qué Yetzer? – se quejaba ella, reclamándole por algo más que haberme llevado hasta aquel lugar. Observé a ambos, estaba más llena de dudas que hacía un momento, y eso era realmente molesto – Aquí no está segura, y lo sabes – la observé, sin comprender, él asintió.

- Dime, ¿dónde? – pidió, como si estuviese hablando en clave o algo – El tiempo corre en nuestra contra, Allora.

- La diosa del norte – contestó, él asintió y volvió a agarrar mi mano. Sabía lo que pretendía, pero no iba a permitirselo, aún necesitaba

respuestas sobre aquel lugar. Me solté de él y me eché hacia atrás.

- Varsha, no tenemos tiempo – se quejó, agarrándome de nuevo, para conducirme al interior del charco.

- ¿Qué está pasando? – me quejé al pisar tierra firme. La luz del lugar me incidía en los ojos, los cerré y los abrí varias veces, hasta comprender que estábamos en el interior de un blanco palacio. El sol se reflejaba en las paredes que funcionaban como cristales, iluminando todo a su paso mucho más que de costumbre.

Observé el enorme agujero que había en el techo, en como la lluvia caía sobre un enorme surco en el suelo, y seguí admirando las paredes, los techos, los suelos de aquel lugar, todo, absolutamente todo, incluso los muebles, estaban hechos de hielo.

Las pisadas de alguien resonaban en eco, acercándose cada vez más a nosotros, pero yo sólo podía mirar hacia él, sus ojos brillaban de una forma especial y entonces lo vi. Había Nauac dentro de él, igual que dentro de mí. Pero ... ¿cómo era posible? Se suponía que él no era un viajero. Pero ... Si no lo era... ¿cómo había podido viajar a través de portales?

- Ve a las cocinas – dijo una voz, haciendo que volviese a mirar hacia atrás, parecía que la mujer había llegado hasta nosotros atravesando el largo pasillo que tenía detrás. La reconocí en seguida, la había visto una vez en una visión. Era la misma que me dio la profecía. La diosa del amor – tu madre se alegrará de verte.

- Ella necesita respuestas – contestó él. La diosa sonrió.

- Sé exactamente por qué estáis aquí, Yetzer – él tragó saliva, incómodo – tú no puedes hablarle sobre lo que eres, y esperas que alguien lo haga por ti.

- Estuve en Rosewood, vimos a Allora – ella perdió la sonrisa un momento, pero cuando volvió a hablar, la calma inundaba el ambiente. Su preocupación no se extrapoló.

- Déjanos a solas – pidió. Él se marchó por aquel largo pasillo, después de dirigirme una última mirada – Esta vez, al igual que la anterior, te haré elegir. Si eliges la verdad no podrás escapar de tu destino, si eliges no saberla, ordenaré a Yetzer que volváis a la ciudadela.

- No es posible que él sea tantas cosas ¿verdad? – ella sonrió, al darse cuenta que de nuevo elegía un camino lleno de peligros, como la primera

vez.

- Lo primero que tienes que saber es que él no fue creado como los demás – no entendía a lo que se estaba refiriendo – nació, al igual que tú – sonrió al ver mi cara de perplejidad – después de que mi esposo liberase a esa bestia, llegó él. Al principio pensé que se trataba de un Nyamb, pues llegó a través de este portal – señaló el surco que había en el suelo – pero entonces me enseñó el resto de sus partes.

- No lo entiendo.

- Él nació después, después de que nuestro mundo llegase a su final, cuando todo no era nada, cuando el caballero de fuego era el dueño de nuestras tierras – seguía perdida. Mi mente seguía haciendo horas extras para comprenderlo todo, pero no estaba logrando nada – llegó aquí antes, e hizo promesas en la que muchos creyeron. Tu madre fue una de las que creyó en él. ¿Aún no lo entiendes, Varsha? – negué con la cabeza – él llegó a nuestro mundo después de que todo dejase de existir, nació para salvarnos. Y lo hizo.

- Pero ... ¿Cómo puede haber nacido después de que el mundo acabase? Eso no ha pasado aún – me quejé, y fui yo misma la que di respuesta a mis preguntas al acabar esa frase - ¡Oh Dios Mio! ¡Él viene del futuro! – la diosa sonrió, parecía orgullosa de mí, yo era más lista que el resto – Pero ¡Eso no es posible!

- Él posee las capacidades de cada uno de vosotros, pues es todas las criaturas sobrenaturales al mismo tiempo, incluso la humana – tragué saliva – Es el elegido para portar la espada que fue creada para matar seres sobrenaturales. Si cualquier otro la tocara, se desvanecería, moriría en el acto, pero él ...

- Lo matará otra vez – le dije, recordando la profecía – lo he visto en esa bola que me disteis – asintió, calmada.

- Debemos irnos – dijo una voz a nuestras espaldas. Era él, lucía calmado, con la vista fija en mí, yo miré hacia el colmillo que colgaba de su cuello. Él era Yetzer, el que mató a esa criatura maligna la primera vez, el que la mataría de nuevo, el único que podía hacerlo.

## Capítulo 14

### Capítulo 12 - En nuestros sueños.

Conocer ese secreto fue difícil para mí, no dejaba de pensar en las múltiples posibilidades, en el futuro que no viviríamos, pues él parecía habernos salvado, aunque jamás había hablado de cómo eran esos días, ni siquiera cómo nació, o por qué era todas esas criaturas a la vez. La curiosidad no disminuyó ni un poquito, quería saber mucho más.

Ya ni siquiera me importaba la forma en la que Ailein le observaba, tan sólo podía fijarme en la forma en la que él me miraba cuando pensaba que yo no lo estaba haciendo. ¿Por qué estaba él tan fascinado conmigo? ¿Qué era lo que él sabía de mí y no me estaba contando? ¿Sabría él lo que pasaría al final? ¿Dónde fue después de la gran batalla entre ese ser y los Nyambs? ¿por qué todo el mundo pensó que había muerto? ¿Por qué se cambió el nombre?

Estábamos más cerca del palacio del agua, sin lugar a dudas llegaríamos pronto, pero yo estaba demasiado callada, y Ailein pudo darse cuenta en seguida.

- Sé que él puede llegar a ser bastante intimidante a veces, pero no es un mal tipo – aseguró, haciendo que dejase de pensar en mis pensamientos y mirase hacia el plato que tenía delante. Un extraño puré que sabía a rayos, por eso lo había dejado entero – créeme, sé de lo que hablo.

- Estoy demasiado cansada – mentí, poniéndome en pie, mirando hacia mi alrededor, los demás clientes de la posada nos ignoraban – debería irme a dormir ya – ella asintió y yo me marché. Subí las escaleras hasta la planta de arriba, chocándome sin apenas darme cuenta con él. Tenía el torso descubierto y el cabello mojado. Dejó de refregárselo con la toalla y levantó la vista para observarme. Yo acababa de percatarme de la cicatriz que tenía en su pecho. No la había tenido aquella vez cuando se metió en mi cabeza y me hizo ver cosas - ¿cómo te la hiciste?

- Hablemos esta noche – pidió, tragando saliva, nervioso, mirando de reojo a nuestro alrededor. Había espías, eso era lo que él dijo aquella vez – en tus sueños.

- Tú y yo... no nos conocemos de antes ¿verdad? – sonrió, divertido, al

darse cuenta de lo que pretendía.

- No – contestó, con calma – pero te he estado buscando durante mucho tiempo, Tlaloc me ordenó que lo hiciese – asentí. Eso lo recordaba bien – pero esa no fue la única razón – le observé, sin comprender – al igual que tú, yo también recibí hace tiempo una profecía- tragué saliva, sin saber qué decir – fue después de la caída del caballero de fuego. Tú serás la que me ayude a derrotarlo esta vez, ¿no? – asentí, recordando mi profecía.

- Ese lugar al que me llevaste, con Allora – tapó mi boca antes de que hubiese dicho algo más, negando con la cabeza después.

- Esta noche, en nuestros sueños – prometió, marchándose justo después.

Tardé en quedarme dormida, estaba preocupada por todo lo que estaba ocurriendo, en especial por el futuro. ¿Qué ocurriría si no teníamos éxito? ¿Qué sucedería si esa cosa recuperaba el poder? Todos estaríamos en peligro, sobre todo él, que fue el que lo venció la primera vez.

Sin apenas darme cuenta me quedé dormida y al llegar a ese lugar, aún con ojos cerrados, podía escuchar el agua del arroyo cayendo por las rocas, mientras los sonidos de la naturaleza me relajaban en exceso, al abrirlos me encontraba en el bosque, y él estaba frente a mí, lucía calmado, aunque sin camiseta.

¡Dios! ¿Por qué aparecía ante mí de esa manera? Seguro que lo hacía sólo para confundirme.

Caminó hasta mí, cabizbajo y levantó la vista justo cuando estuvimos a un metro de distancia. Sonrió, con calma, mirando alrededor.

- Este es mi lugar favorito de todo el mundo – aseguró, me fijé bien en el lugar que nos rodeaba, había unas grandes cataratas debajo de nosotros, en unas montañas tan altas que apenas podía verse el fondo – son las cataratas del Niágara – eso me sorprendió demasiado, porque eso estaba en mi mundo, no en el suyo – El lugar al que te llevé, con tu madre, era el futuro – contestó, sorprendiéndome – la salvaremos, Varsha, y ella abandonará su hogar por una vida humana – sonreí, al darme cuenta de lo que eso significaba. Se quedaría junto a mi padre.

- ¿y qué pasará conmigo? – quise saber. Él negó entonces.

- Eso lo descubrirás por ti misma – contestó – es peligroso conocer el desenlace de la historia de uno mismo, podría alterar su final.

- Pero tú lo conoces – él negó con la cabeza.

- No conozco mi final en esta historia, sólo algunos detalles que pueden ayudarme en mi misión – asentí, entendiendo su punto de verlo, fijándome entonces en esa línea que adornaba su pecho, su cicatriz. Levanté los dedos, sin apenas pensar en las consecuencias de mis actos y los apoyé sobre ella, acariciándola, haciendo que él apretase mi mano con la suya. Le observé, abochornada -Fue el caballero de fuego, en nuestro primer encuentro – contestó. ¡Oh Dios Mío! Acababa de darme cuenta de algo, esa sensación que él creaba dentro de mí, esa opresión, esas ansias por saber más, que sólo se calmaba cuando él estaba cerca. Ese hombre que tenía delante me gustaba, y eso era malo. Muy malo.

- ¿Hay algún tipo de relación entre Ailein y tú? – pregunté, metiéndome en un jardín peligroso. Mis palabras le sorprendieron, pero rompió a reír justo después. Intenté apartarme, pero él no me lo permitió.

- ¿Por qué te interesa? – me encogí de hombros, soltándome al fin, dándole la espalda, observando aquel hermoso lugar – No hay nada más que una fuerte hermandad – tragué saliva, volviendo a colocarme delante de él para observarle.

- Pero ella siente cosas por ti – me quejé. Él sonrió, como si la situación fuese cómica. Quizás lo era y sólo era yo la que no me daba cuenta de ello – olvídale.

- ¿Y qué sientes tú, Varsha? – quiso saber. Le observé, sin comprender – quizás a mí lo único que me importe sea eso, lo que sientes tú.

- Ni siquiera te conozco – me quejé al respecto – es obvio que no siento nada por ti.

- ¿Está segura? – insistió. Le observé, sin comprender, y entonces rompió a reír. Ese idiota se estaba burlando de mí. Le di un manotazo y le empujé, molesta con él – Tranquila – me calmó – aún es sólo el principio – no entendía lo que quería decir – ¿tienes alguna pregunta más que quieras hacerme?

- ¿Tenías a alguien antes de venir a salvarnos? – quise saber, él sonrió, parecía que no íbamos a dejar el tema.

- No – contestó, con calma - ¿y tú? – negué con la cabeza en respuesta.

- ¿Trajiste a tu madre contigo cuando viniste desde el futuro? – asintió - ¿por qué?

- Porque sabía que, si cambiaba el pasado, ya no tendría un futuro al que volver – asentí, entendiendo su punto de verlo – no quería quedarme solo

en este lugar, así que la traje conmigo. Pero ella no es como yo, así que sólo puede mantenerse convida en el reino del norte. Necesita el frío para sobrevivir – no entendía bien sus palabras, o lo que era su madre, pero no quería insistir en ese tema. Había otra cosa la que llamaba mi atención en ese momento.

- Si alteraste el final y cambiaste el futuro... ¿no se supone que dejarías de existir? – quise saber, pues todo el mundo sabe que, si cambias un acontecimiento del futuro para evitarlo, alteras ese desenlace, quizás el ya no tendría cabida en el mundo. En cierta forma tenía sentido, pues él había sido creado para destruir a ese ser.

- Tienes razón – aseguró – pero sigo aquí, eso sólo quiere decir una cosa, el futuro que quiero evitar aún puede tener lugar, ya que el caballero de fuego no ha sido derrotado del todo aún – entendí su punto de verlo en seguida.

- Pero, eso quiere decir, que, si lo matas del todo, tú dejarías de existir – él asintió.

- Esa es una posibilidad – contestó – pero sería egoísta intentar salvar mi existencia condenando a miles ¿no crees? – asentí.

- Posees los poderes de todos ellos, incluso de los demonios – asintió, con calma - ¿te duele cuando te conviertes en demonio? – adiviné, recordando el grito que pegó al volver a su estado original. Sonrió, con melancolía.

- Duele, pero es algo que puedo controlar – tragué saliva, sin saber qué más preguntar.

- ¿Cómo era el futuro del que vienes?

- Era todo lo malo que imaginas y más – contestó – Un lugar dónde no hay lugar para el bien, escondidos en el bosque, en una ciudad bajo tierra, sabiendo que en cuanto salgamos a buscar comida podríamos ser devorados por una de esas bestias, porque ellas son las dueñas de todo lo que nos rodea.

- ¿Sólo nuestro mundo estaba afectado o también el mundo de los humanos?

- Todos los mundos.

- Gracias – me atreví a decirle – por venir a salvarnos.

- Los ancianos contaban historias sobre el pasado, sobre cómo eran las cosas antes de que el dios de la lluvia despertase al caballero de fuego. Entonces lo supe, que la única forma de pararlo era volver al pasado y

derrotarle, antes de que las cosas se volvieran tan horribles como lo eran en ese entonces.

- ¿Con qué te hizo esto? – volví a acariciar su cicatriz, y él se sorprendió de que volviésemos a ese tema.

- Con su lanza de fuego – contestó – Me atravesó – subí la mano, acariciando su piel, hasta llegar a su espalda, palpando la cicatriz que tenía por el otro lado, percatándome de que era cierto, sin apenas darme cuenta que mi cercanía era tal que casi se tocaban nuestros rostros.

¡Oh Dios Mío! Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre. Mi respiración creció, y tuve que abrir la boca para respirar, mientras él apoyaba su mano en mi antebrazo y lo apretaba. Me separé entonces, poniendo distancias entre ambos, incómoda.

- Quizás deberíamos dejarlo aquí – le dije, bajando la cabeza con rapidez.

- ¿Ya no tienes más preguntas? – negué, calmada. Cerrando los ojos un momento, cuando volví a abrirlos estaba en mi habitación, el sueño parecía haber terminado.

## Capítulo 15

### Capítulo 13 - El protector.

Estábamos cerca, muy cerca, podía sentirlo en mi interior, algo me decía que llegaríamos pronto, pero mientras tanto tan sólo podía mirar de reojo hacia ese ser, haciendo bromas con Ailein, mientras ella le lanzaba una de sus miradas. Sabía que ella sentía algo por él, a pesar de que él lo negase, no había más que ver su cara. Eso no era de mi incumbencia, no debía meterme en los asuntos de los demás.

Lo veía, a lo lejos, el palacio del agua, al final de la calle principal. Era una un castillo de grandes ventanales que parecían espejos, tres grandes torres se perdían hacia el cielo, entrelazadas entre sí, formando un espiral algo incierta, como si alguien las hubiese retorcido, acabando después en punta. Y alrededor de este, rodeando sus murallas, un lago tan caudaloso como peligroso. Sobre él, los más pájaros más raros que había visto jamás, lo sobrevolaban.

De pronto, una enorme pared semitransparente apareció frente a mí, tan pronto como la rocé, impidiéndome el paso, siendo visible alrededor de aquella construcción. Era como una especie de campo de fuerza que impedía el paso a los intrusos. Yo lo era, y parecía que aquella cosa lo sabía.

- No temáis – dijo Yetzer detrás de mí, levantando la mano al hallarse parado a mi lado, tocado uno de los cuadrados verdes de esa cosa, haciéndolos retroceder, volviéndose cada vez más pequeños, desapareciendo, hasta que no quedó nada de esa pared – sólo es por precaución – asentí, sin decir nada, observando como él y Ailein era los primeros en entrar. Dudé en hacerlo, pero terminé acompañándoles, escuchando detrás de mí un leve zumbido y al mirar hacia atrás, me percaté de que aquella pared volvía a formarse.

Volví a mirar hacia adelante, percatándome de que aquella zona parecía ser mucho más bonita que la anterior. Frondosos árboles con frutos desconocidos, las flores más hermosas que había visto jamás, incluso criaturas extrañas que salían a curiosear la llegada de tres extraños, pero parecían calmarse al ver a Yetzer. Sonreí, maravillada, dejándome llevar por mis dos guías.

- Varsha – me llamó Ailein, haciendo que me fijase en ella. Me detuve al haber llegado a donde ellos estaban y descubrí tres grandes surcos delante de nosotros. Eran enormes. El primero de ellos y el tercero parecían estar secos desde hacía mucho, pero el de en medio estaba lleno hasta arriba, con un agua tan cristalina que parecía irreal – es aquí dónde nos separamos – la observé, sin comprender – nosotros no podemos

entrar por la misma puerta que tú – Me giré entonces a mirar hacia él, pues sabía que él sí que podía, pero por supuesto seguía fingiendo que sólo era un tlalocani.

- No temas, ella ya te está esperando – calmó él.

- ¿Ella? – pregunté, como una idiota. ¿Se estaba refiriendo a mi madre?

- Nos volveremos a ver – prometió mi protectora – cuando lo hagamos, la batalla entre esa criatura y tú tendrá lugar – tragué saliva, sin saber qué responder, fijándome entonces en el charco que había frente a mí. De alguna forma sentía como si me estuviese llamando, y el eco de una gota cayendo se asedió en mi mente.

- Nada malo ocurrirá – añadió Yetzer, dedicándome una calmada sonrisa – el nauac cuidará de ti.

- ¿De quién es, por cierto? – quiso saber Ailein, pero él ni siquiera le prestó atención, tan sólo se colocó frente a mí, agarró la botellita y la soltó de mi cuello, abrió la botella y dejó que esa sustancia acuosa saliese de ella. Esta pronto voló junto a nosotros, sosteniéndose sobre el suelo, rodeando primero a mi protectora, sin detenerse demasiado en ella, para luego detenerse frente a mí, acarició mi piel y se pegó a ella, cubriéndome por completo, como un escudo protector de luz – No es posible – se quejaba de nuevo. Miré hacia ella, sin comprender por qué estaba tan nerviosa, pero ni siquiera pude quedarme a averiguarlo, no cuando mi propio escudo protector tiraba de mí para que me introdujese dentro del agua.

- Estarás a salvo – retumbó su voz en mis oídos, a pesar de que él ni siquiera lo había dicho en voz alta. Sonrió al ver mi rostro de perplejidad – mi nauac cuidará de ti – lo entendí entonces, qué era aquella sustancia que me rodeaba.

Ni siquiera tuve tiempo para preguntarme por qué él quería cuidar de mí, tan sólo salté sobre el charco y me sumergí en él, sin mojarme ni un poco, como si aquella cosa azulada me estuviese protegiendo también del agua. Y cuando salí disparada hacia el otro lado del charco, impulsada por una fuerza superior que tiraba de mí, sobrevolé la superficie de este y me posé sobre el suelo, me percaté de que ya había estado antes en aquel lugar. Pero no era el castillo de tlaloc, ni siquiera las cloacas o el camino hacia ese caballero de fuego. Estaba en las tierras del norte, en ese territorio nevado que no se derretía jamás, dentro de un enorme castillo de nieve, frente a una diosa que me devolvía la mirada, con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

- No pensabas que liberar a tu madre sería tan fácil... ¿o sí? – tragué saliva, al sentirme engañada, mientras la sustancia que me rodeaba se

calmaba, y se introducía mágicamente en la botella transparente y azulada que esa mujer sostenía sobre sus manos, alejándose de mí – mi esposo no te permitirá llegar hasta allí, Varsha – Estaba frustrada, pero me había quedado sin palabras, de forma literal – Aun así, quería mostrarte todos los peligros que acechan Tlalocan en estos días.

- ¿Cómo podré llegar a esa cueva? – fue mi pregunta, justo cuando una brisa que parecía venir de aquel largo pasillo que esa mujer tenía detrás sacudía sus cabellos, dejando un fuerte olor a rosas en el ambiente.

- No podrás – fue su respuesta. Eso sólo me molestó más – Eso es algo que otros harán por ti, liberar a ese ser.

- ¿Quién? – quise saber. Ella sonrió, justo cuando una segunda ráfaga acariciaba sus cabellos y el potente olor a rosas me mareaba un poco. ¿Qué era ese olor?

- El mismo ser que lo mantiene allí cautivo – contestó, mientras yo me tambaleaba, parecía que algo estaba afectando a mis reflejos. Pero ... ¿qué era? – Yetzer.

Estaba perdida, no comprendía qué era lo que quería decir, pero antes siquiera de poder preguntar al respecto caí al suelo, inconsciente. Parecía que había estado en lo cierto, ese olor a flores que ella desprendía me había drogado de alguna forma.

Mi conciencia revoloteó por los lindes de la inconciencia, en el interior de lo que parecía ser mi mente oscura, sin puertas ni ventanas. Me encontraba tumbada sobre el suelo, en la misma posición que había caído, sin poder moverme, mirando hacia la más plena oscuridad, hasta que un leve destello azulado apareció de la nada, detrás de una puerta. Me fijé en ese punto, intentando llegar a él, pero mi cuerpo no me respondía.

Quería ir a esa luz, lo necesitaba, la opresión en el pecho, el miedo y la ansiedad agolpaban mi ser, me impedían incluso respirar, y me sentía cada vez más pequeña en aquel lugar.

Un constante zumbido se escuchaba detrás de esa puerta, y la luz cada vez era más notoria, pero yo no podía alcanzarla, a pesar de desearlo con todo mi ser.

Palabras en eco llegaban a mí, inentendibles al principio, pero en cuanto me centré más en ellas, los vi. Primero a ella, la hermosa Allora con cabello rizado y trenzas en algunos de sus mechones de cabello, con una gran sonrisa al sostener en sus brazos al bebé que acababa de dar a luz. Era yo, y la miraba siendo yo ese bebé, sintiendo todo su amor llegar a mí. El cariño que me profesaba a pesar de acabar de sostenerme por

primera vez.

- ¿Tienes ya un nombre para ella? – quiso saber la mujer que había a su lado, la reconocí en seguida, era la diosa del amor.

- Varsha – dijo una tercera voz detrás de ella, era una mujer anciana, pero a pesar de eso, su larga melena oscura recogida en un gran moño no me pasó desapercibida, el color blanco de sus ojos tampoco. Era ciega. Sonrió hacia los presentes, mirando hacia mí, como si a pesar de todo pudiese verme – no es sólo una humana – delató a los presentes.

- ¿La sientes distinta? – preguntó la diosa del amor, mientras aquella anciana sonreía, asintiendo con calma, apoyando sus dedos en mi piel. Una sensación distinta me recorrió en seguida, algo vertiginoso y poderoso recorrió mis venas, algo que hizo brillar mis ojos y sorprender a mi madre.

- Es una nyamb – se percató, entendiendo lo que eso conllevaría, pero su rostro se oscureció en cuanto se percató de algo – pero no dispone de nauac que le obedezca.

- Tengo algo que la protegerá – aseguró la mujer, haciendo aparecer de la nada un manto oscuro con un emblema grabado en él. Mi madre asintió, agradecida, colocándomelo alrededor – Es tarde, debéis iros antes de que él note que un nuevo ser ha llegado a este mundo.

La oscuridad volvió a envolverme por completo, y volví a aquel suelo, viendo a lo lejos la puerta cerrada con esa luz azulada detrás de ella. Saqué la poca fuerza que tenía y conseguí moverme, me di cuenta en seguida de que no iba a lograr ponerme en pie, pero quizás podría arrastrarme por el suelo para llegar a ella.

Las imágenes del pasado volvieron a llegar hasta mí, y me detuve a escasos metros de la puerta, viendo a mi padre meciéndome para que dejase de llorar, y lo hice, con ojos llorosos y nublados, mirando hacia el hombre más bello que había visto jamás. Pude reconocerle, a pesar de no haberle visto en mi vida, como si una parte de mí lo supiese, que él fue la persona que había plantado su semilla para que yo naciese. Me aferré en seguida a su mano, sin querer dejarla ir, pues en algún lugar de mi alma sabía que había perdido a mi madre, ni siquiera sabía si volvería a verla.

- Tranquila, pequeña – me calmaba él, con su imponente voz, resguardándome del frío en la mantita que llevaba conmigo.

- Robín – llamó alguien a su lado – debemos irnos, es peligroso estar aquí – él lo observó, yo ni siquiera podía mirarle desde esa posición, tan sólo seguía maravillada con el rostro de mi progenitor – si os quedáis cerca del

portal estaréis en peligro.

- ¿Ella volverá? – quiso saber, angustiado, refiriéndose a la mujer que amaba.

- Volverá algún día – prometió, haciendo que papá recuperase un poco de la ilusión que solía adornar su rostro en el pasado.

- ¿Cómo debo llamarla?

- Varsha – dijo el extraño – no temas – le calmó, al ver la preocupación en su rostro – estaréis a salvo, yo mismo os protegeré.

- ¿Esa cosa azulada tuya va a salvarnos? – insistió papá, sin comprender aún cómo ese mejunje podía servir de ayuda. Él sonrió, con calma.

- No, yo mismo os protegeré – prometió.

- Pero... te irás, ¿cómo nos protegerás, entonces?

- Con esto – dejó algo en su mano, algo que levantó y acercó a mi radar de visión, dejándome ver una pequeña lágrima de cristal, de color rojo – te cederé mi propio poder protector. La salvará a ella y a todo el que se encuentre cerca de ella, a un radar de ... todo el que esté dentro de Rosewood.

## Capítulo 16

### 14 - Reencuentro.

Luchaba contra 8 hombres de hielo que me atacaban con todo lujo de armas que no había visto jamás, mientras yo me defendía fieramente, recordando cada una de las palabras que dijo esa diosa cuando desperté sobre una fría cama de nieve, junto a extraños seres peludos y blancos, parecían ositos de peluche, pero se movían y hablaban en una lengua extraña que parecía entender.

"Debes aprender a defenderte antes de la batalla, prepararte antes de pararte frente al dios del agua, ser capaz de usar tus poderes con sutileza y sabiduría"

Tenía una sensación dentro de mí, como si todo aquello estuviese preparado, como si me hubiesen estado esperando durante muchos años, hasta que estuviese lista para enfrentarme a mi destino.

Tras un mes de duro entrenamiento, no sólo en la lucha, también me enfrentaba a acertijos para reforzar la sabiduría, incluso era encerrada en la misma habitación que estuve al desmayarme, y veía aquella luz azulada, intentando llegar a ella, pero hasta el momento no había logrado nada.

Desayunaba junto a los Whitebears, o así al menos era como yo solía llamarles, disfrutando de un buen desayuno de extraños frutos que sabían deliciosos, cuando la diosa entró en las cocinas, haciendo que esos seres se marchasen a hacer sus quehaceres. Venía acompañada de una anciana que reconocí en seguida, era la misma que estuvo presente en mi nacimiento, la que me dio mi propio nombre. Sonrió en cuanto me vio, atreviéndose a entrar en la estancia, ignorando a su señora, y postrándose frente a mí, apoyando sus manos callosas sobre mi rostro, como si estuviese reconociéndome.

- Es ella – aseguró la mujer, con una gran sonrisa, agarrando mis manos para transmitirme paz, ese mismo cosquilleo que sentí la primera vez recorrió mi cuerpo.

- ¿Cómo podría ser ella si aún no ha logrado liberar su propio nauac? – se quejaba la diosa, mirándome por encima del hombro, decepcionada – Se nos acaba el tiempo, Xiathic.

La anciana miró hacia mis ojos, con atención, como si realmente pudiese verlos, no tenía ni idea de qué era lo que estaba haciendo, pero entonces me fijé en que había un destello azulado arremolinándose en sus ojos sin vida, eso me dio que pensar. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿No se

suponía que era ciega? ¿Qué era aquel ser?

- Lo estás haciendo mal – se quejó hacia la diosa. Parecía ser la única que se atrevía a hablarle de ese modo. La mujer carraspeó, molesta, sentándose en la mesa en la que yo estuve minutos atrás, y miró por la ventana, dejándonos un poco de intimidación – Antes tienes que entender el espacio en el que te encuentras – La observé, sin comprender. Me agarré de la mano y me guió hacia un punto en mitad de la cocina, justo donde había un desnivel en el suelo de piedra – Tienes que olvidar todo lo que te han enseñado sobre el espacio-tiempo y escucharme con atención. El tiempo no es algo lineal, si no redondo – no entendía lo que quería decir – No existen tres espacios. No es pasado, presente y futuro. Solo está lo que sucedió detrás y lo que sucederá delante, pero eso no quiere decir que lo que sucedió ya lo haya hecho.

- No lo entiendo – me atreví a decir en voz alta – si ya ha sucedido ¿cómo no ha podido suceder ya?

- Porque no es lineal, es una esfera. Y mientras ahora sucede, lo que sucedió puede estar también sucediendo, aunque en otro espacio distinto dentro de esa esfera – negué con la cabeza, confundida, con la boca abierta, sin entender nada. Ella sonrió, como si esperase esa reacción por mi parte – Te lo mostraré... - Levantó las manos, haciendo giros extraños con ellas, creando una especie de niebla extraña que se fue volviendo turquesa poco a poco, creando lo que parecía ser una huella de una conversación que tuvimos Yetzel y yo en el bosque, antes de que me trajese a este lugar por primera vez. Me fijé en algo distinto aquella vez, algo de lo que no me había percatado con anterioridad, el me observaba con un brillo especial en sus ojos - ¿dirías que esto ha sucedido ya? – asentí, despacio - ¿por qué?

- Porque lo recuerdo, ya es algo que he vivido.

- Muy bien. Entonces, estás ahora en el futuro.

- ¿Cómo? No entiendo... - volvió a hacer esas formas extrañas, dirigiendo la niebla hasta un punto delante de mí y creó la misma sombra, pero con recuerdos que aún no habían sucedido. En ella había un niño sonriéndome, uno que creaba en mí una ternura desconocida y había algo en sus ojos que me resultaba extrañamente familiar. Era como si lo conociese - ¿Quién es ese niño?

- ¿Dirías que recuerdas eso? – negué, en respuesta – Entonces ahora... estás en el pasado – Lo entendí entonces, a lo que se refería. Todo dependía del punto de vista. Si miraba hacia atrás a un momento que ya había sucedido, me encontraba en el futuro, porque ya recordaba haberlo vivido. Pero si miraba hacia un momento que aún no había pasado, estaba en el pasado – Todos los momentos están sucediendo simultáneamente, y

sólo los elegidos tienen poder para interceder en ellos. Lo que quiero, Varsha, es que como el espacio-tiempo es circular, existen multitudes de espacios ocurriendo al mismo tiempo, mientras tú y yo hablamos en este momento, Yetzel está teniendo una conversación sincera contigo en ese bosque – señalo hacia atrás – y ... ese niño y tú habláis sobre Tlalocan, también en este justo instante. Todo sucede a la vez, pero en distintos espacios dentro de la esfera. ¿Lo entiendes? – Asentí, su teoría era interesante, pero extraña, más cuando yo venía de una civilización en la que me habían enseñado desde pequeña que el tiempo es algo lineal. Lo que sucedió ya lo hizo y lo que sucederá aún no ha ocurrido.

- Hace un momento... - me percaté, después de repetir en mi cabeza cada una de sus palabras, intentando creérmelas y comprenderlo todo mejor - ... has dicho que solo algunos poseen el poder de alterarlo – asintió – uno de esos seres... ¿es Yetzel? – sonrió, en cuanto se percató de que lo estaba entendiendo.

- Así es. Él es el único que puede detenerse en el vértice, no se encuentra ni en el pasado ni en el presente, y puede viajar entre los diferentes espacios, siempre que él esté relacionado con ellos – eso último llamo mi atención. Ella sonrió – Un vínculo es lo que lo une a este lugar.

- Entonces...

- Suficiente – intervino la diosa, poniéndose entre ambas, haciendo que mirásemos hacia ella – no debes revelarle demasiada información sobre el futuro.

- Ella necesita saberlo – se quejó la anciana – Él es el único en este espacio que puede viajar entre los distintos espacios de la esfera, siempre que las personas que estén relacionadas con él se encuentren en los mismos. Conoce lo que ya sucedió, pero aún no ha sucedido en este espacio.

- Desvelar demasiada información sobre el futuro podría ser peligroso – se quejaba la diosa.

- Necesita conocer cómo funcionan las cosas, ¿cómo crees si no que podrá enseñarlo después? Aun no entiendes como funciona. Los distintos espacios están conectados y la información puede ser compartida entre lo que sucedió y está por suceder.

- No lo entiendo – dije en voz alta.

- El tiempo no es algo estático, está en continuo movimiento, en un eterno cambio. Hablemos de una forma que puedas entender... Existen momentos que pueden alterarse, información que necesitas para enfrentarte a futuras situaciones, pero sólo llegarás a ellas si abres tu

mente y dejas que las enseñanzas lleguen a ti desde el resto de espacios de la esfera. Puede hacerlo desde cualquier lugar, pasados y futuros. No hay nada escrito, no existe el destino. Todo cambia, todo se transforma. No existe una línea, no es una historia cerrada. Es una esfera y todo sucede a la vez – sonrió de nuevo, al verme tan perdida - ¿Yetzel no te lo ha mostrado? – la observé, con interés – Los sueños. En ellos puedes ver cosas, si te concentras conectarás con otros espacios, todos los que estén relacionados contigo.

- Yetzel se enfadará si sigues hablando – insistió la diosa del amor. Estaba empezando a caerme mal esa mujer. La anciana asintió, en paz.

- Él no lo hará, porque es así cómo debe ser – contestó, fijándose de nuevo en mí – ahora debemos enseñarte el camino a tu nauac, para que estés completa y comprendas mejor mis enseñanzas. Cuando lo estés... lo sabrás todo, tendrás acceso a todo – asentí, en señal de que estaba lista – Cierra los ojos – ordenó, y lo hice – ahora dime, ¿qué ves?

- Nada – contesté, pues sólo había oscuridad.

- Concéntrate, Varsha – insistió, busqué por toda aquella oscuridad, intentando encontrar algo, pero sólo había oscuridad, sólo había... Miedo, había miedo, podía sentirlo a mi alrededor, la ansiedad de los que me rodeaban, pero ... ¿qué era aquello que les hacía temer? – Dime qué ves – insistió.

- No veo nada – contesté. La señora del amor estaba tentada a hacerse notar, hacerle ver a aquel ser que había estado equivocada conmigo, pero entonces yo dije algo más – pero se siente distinto – la anciana sonrió.

- Camina hacia la puerta y ábrela – me dijo. Busqué a mi alrededor la puerta de la que hablaba, pero no podía ver nada – concéntrate, hija – estaba en medio de la oscuridad, buscando una luz a mi alrededor, pero entonces me detuve, cerré los ojos dentro de mi inconsciencia y entonces la vi, la puerta resplandeciente con aquella luz azulada que tenía detrás de ella.

La puerta tembló, como si esa cosa estuviese ansiosa por salir, por ser encontrada, y yo abrí las manos, a ambos lados de mí, con una gran sonrisa. Algo dentro de mí sabía que la respuesta no era buscar esa puerta, si no incitar a esa cosa a que lo hiciese por sí misma, que llegase hasta mí por sus propios medios.

- Estoy aquí – pronuncié dentro de mi mente, haciendo que la oscuridad se quedase quieta, que el miedo de los que había a mi alrededor disminuyese, la ansiedad se expandía, mi propia curiosidad, pero no iba a

dejar que eso lo estropease todo – Ven a mí.

La puerta volvió a temblar, y esa luz triplicó su intensidad, alumbrando más el lugar, haciendo que me diese cuenta de que estaba en una cueva. Miré hacia el techo y la vi, colgada del techo, de sus propias manos, era mi madre. ¿Por qué estaba dentro de esa cueva?

- No es Allora, si no tú – dijo una voz frente a mí. La reconocí en seguida, antes incluso de bajar la cabeza y verle frente a mí, con una gran sonrisa pilla, siempre intentando confundirme. Era Yetzer. Me fije de nuevo en el techo y me percaté de que era cierto. Era yo misma la que estaba colgada – tu nauac es el que está aquí, en tu propia cueva, en tu mente, oculta de ti misma. Debes liberarla para poder enfrentarte a tus enemigos, Varsha. Sólo estando completa... - se detuvo tan pronto como apoyé mi mano en su mejilla, queriendo saber si él era real. Sonrió al ver mi cara de perplejidad, cuando mis dedos impactaron contra él.

- ¿Por qué sigues jugando conmigo? – me quejé, él rompió a reír, divertido, y yo me quejé al respecto.

- Te permitiré hacer sólo una pregunta más antes de que despiertes – me dijo, bajando la cabeza, divertido, antes de volver a mirarme, con esa penetrante mirada de ojos azules, tan parecidos a los míos, pero con un destello verde. Por un momento me quedé mirando hacia ellos, ese destello me recordaba al niño que había visto en la huella del futuro que su madre me había mostrado, y al mismo tiempo... Una parte de mí lo supo antes incluso de preguntar.

- Tu creaste el escudo protector que protege el palacio del agua ¿verdad? – sonrió, y sin responder nada miró hacia la puerta en la que estaba escondido mi nauac.

- He dicho una pregunta, no una certeza, Varsha – sonreí, entendiendo lo que quería decir.

- ¿Por qué tu nauac cuida de mí? – su perfecta sonrisa lo delató. Él no iba a responderme, iba a dejar más incógnitas abiertas, resguardándose en que aún era pronto para responder a preguntas sobre el futuro. Quizás esperaba que encontrase todas esas respuestas más tarde, por mí misma.

- Es una respuesta larga, Varsha – le observé, sin comprender – no sé si disponemos de tiempo para eso – tragué saliva, dándome cuenta de que él quería hablarme sobre su pasado aquella vez. Pero ... ¿por qué? ¿qué había cambiado? – Haremos una cosa, cuando despiertes ella contestará por mí a esta pregunta – le observé, sin comprender – la anciana que te ha mostrado el camino, mi madre – abrí la boca, con sorpresa, no me esperaba que esa mujer de hace un momento fuese la que le había dado a

luz – ahora debes recibir esa parte de ti que te hará estar completa – sonreí, mirando por encima de su hombro, la puerta volvió a temblar, resquebrajándose, parecía que esa cosa estaba a punto de salir – Un consejo, no te resistas a ella cuando entre dentro de ti – lo observé, sin comprender, justo cuando la puerta se hacía añicos, él se echaba a un lado y el nauac salía disparado hacia mí.

Me rodeó, reconociéndome, haciéndome cosquillas, sonreí, y me atreví a tocarlo, sintiéndome poderosa, distinta, recordando lugares en los que no recordaba si quiera haber estado, eran cada uno de los lugares que componían Tlalocan, pero también otros cerca de un alto templo devastado.

Aquella sustancia estaba viva, podía sentirla rodeándome, protegiéndome, formando un escudo protector, pero a diferencia de lo que sentí con la de Yetzer, aquella vez la reconocía, como si fuese una vieja amiga que no había visto en años, como si fuese parte de mí. El nauac fue absorbido por mi piel, como si de agua se tratase, dejándola húmeda, recorriendo mis venas, produciendo un fuerte temblor en mi corazón cuando la sentí en ese lugar. Miles de saberes que no había conocido en ese momento se instalaron en mi mente, como si estuviese leyendo un libro muy antiguo sobre Tlalocán con rapidez, aprendiéndolo todo por primera vez, maravillada y sabia a partes iguales. Y entonces todo lo que esa anciana había dicho sobre los distintos espacios-tiempo, cobraron sentido.

- Ahora estás completa – dijo una voz a mi lado, le miré extrañada, acercándome despacio, apoyando la mano en su pecho, justo donde tenía la cicatriz del caballero oscuro, fijándome en su corazón, podía verle latir, ver dentro de su piel, sus huesos, incluso sus venas, como si tuviese rayos laser por ojos. Pero no era yo, era el nauac que formaba parte de mí, estaba buscando algo.

- ¿Dónde está? – pregunté, ansiosa, recorriendo cada trozo de su piel con mis manos, sus brazos, su espalda, hasta volver a detenerme delante de él. Esa sustancia que formaba parte de él me incitaba a buscar el suyo. Sonrió, con calma.

- No está – me calmó, pero eso no lo hizo en lo absoluto, estaba incluso más ansiosa – la diosa del amor la guarda a buen recaudo – lo recordaba, como ella me lo quitó para poder dormirme cuando estuve frente a ella. Quizás porque el nauac era lo único que podría salvarme siempre. Yo ya lo sabía, en ese momento, la razón por la que su poder podía salvarme sólo a mí. Tragué saliva, aun alejando esas respuestas de mi mente, parecía que con aquella cosa dentro de mí no había ninguna respuesta que se ocultase. Poseía todas las respuestas del universo a mi alcance, las de todos mis espacios temporales, tan sólo debía abrir el libro adecuado para hallarlas. Era desconcertante, como estar en una gran biblioteca y poseyese la capacidad de leer todos aquellos libros a la vez, tan sólo debía

elegir uno y abrirlo – Tienes que despertar, Varsha – negué con la cabeza, haciendo algo loco, porque os prometo que me sentía distinta estando cerca de él, más después de estar completa como en ese momento. Agarré su mano, entrelazando mis dedos con los suyos. Él asintió, calmado, sonriendo sin más – nos veremos pronto, lo prometo.

- Tú y yo... - me atreví a decir, él asintió, calmado, bajando la cabeza un momento antes de observarme. Una tímida sonrisa se escapó de mis labios, mientras esa sensación calentaba mi corazón. Yo ya sabía lo que él era, lo supe tan pronto como volví a mirarle, a pesar de no tener dentro su nauac. Creo que esa parte de mí que acababa de encontrar necesitaba estar segura del todo al ver esa parte de él apegada a su alma.

- Tú ya sabes esa respuesta – aseguró él, soltándose de mi agarre, dando un par de pasos hacia atrás, justo cuando yo negaba con la cabeza, necesitaba escucharlo de sus labios, aunque sólo fuese una vez antes de despertar, pero el tiempo corría en nuestra contra.

Abrí los ojos y encontré a aquella anciana delante de mí, devolviéndome la mirada, observando como las líneas que dibujaban mi silueta se desdibujaban, pues había algo más dentro de mí en ese momento. Ella sonrió, y entonces lo vi, el nauac que vivía dentro de ella. Era como nosotros, un nyams, pero parecía ser más que eso, pues podía ver una luz blanca entrelazándose con la azul. Ella asintió.

- Ahora está completa – dijo hacia la diosa, haciendo que esta se percatase de que tenía razón.

- Tengo preguntas que quiero hacer – me atreví a decirle a la anciana, pero esta no parecía ni un poco sorprendida.

- Por supuesto que las tienes, querida – contestó, para luego mirar hacia la diosa, fijándose en el largo pasillo frío que había detrás de nosotras, marchándose sin decir nada más.

- Ve con ella – me animó aquella mujer. Asentí como despedida y seguí a aquella ciega anciana, hasta que llegamos a la terraza de hielo, observando el lugar que nos rodeaba, el cielo a lo lejos, con un perfecto sol que podría derretirlo todo, pero estábamos lejos de poder acceder a él, una circunferencia blanca nos protegía de los rayos solares, algo que el gran Tlaloc había creado para mantener aquel lugar intacto, un castigo que impuso hacía ya mucho a la mujer que osó traicionarle. Lo recordaba todo, como si esa información siempre hubiese estado ahí, y recién tuviese acceso a ella.

La nieve caía a nuestro alrededor, hacía frío, pero yo ni siquiera podía sentirlo, porque el poder del nauac me protegía de este tipo de sensaciones. Observé a su madre, la luz que irradiaba se confundía con el

blanco del lugar.

- Hace mucho, mucho tiempo hacia adelante, en un espacio distinto a este, en un momento que podría estar sucediendo ahora mismo... - comenzó, sentándose sobre la fría barandilla, mirando hacia la forma en la que la nieve caía a nuestro alrededor, derritiéndose y convirtiéndose en agua antes de haber rozado la piel si quiera de la anciana, gracias a su escudo protector, mucho más fuerte que el de los Nyambs. Ella era algo más que un viajero, pero no podía saber lo que era aún, porque ni siquiera existía en nuestro mundo aún - ... nuestros mundos fueron destruidos por un ser tan malvado y castigador como lo es el caballero de fuego. Después de la caída de las estaciones, en un invierno perpetuo en el que jamás dejaría de nevar... - proseguía, recordando las atrocidades que había vivido en el futuro - tras la caída de los dioses de Tlalocan, después de que la última rosa cayese sobre la nieve, nació el primer tallo de un rosal tan blanco como la nieve que caía a su alrededor. Este crecía con cada lágrima derramada por un pueblo caído, se hacía fuerte con cada plegaria, con cada nacimiento de un nuevo ser oscuro tomaba su valía - añadía, recordando el pasado, un futuro que quizás algún día tomaría fuerza, algo que sucedía en distintos espacios dentro de esa esfera, de nuestro hogar, la tierra - Peligrosas y afiladas espinas crecieron a su alrededor, con cada maldad presenciada, mientras el pueblo se resguardaba debajo de él, oculto en las catatumbas, pasando las mayores penurias que puedas imaginar. En un mundo en el que todo lo sobrenatural había quedado destruido, donde los demonios dominaban a los humanos a su antojo.... - miró entonces hacia mí, haciéndome una señal para que me acercase y me sentase frente a ella - La esperanza es lo último que se pierde en esta vida, y la de nuestro pueblo estaba lejos de agotarse. Pero hubo un acontecimiento que marcó un antes y un después en nuestro hogar. Fue la muerte del gran Zodor, el último rey que conocíamos, un hombre justo y lleno de sueños, que mantenía a su pueblo a salvo. Murió a manos del mismísimo Caballero de Fuego. Y fueron sus cenizas lo que lo alteraron todo. Cuando la última mota cayó sobre la flor más alta de aquel rosal, un ser nació en las profundidades de una cueva helada. Un ser sin padres, nacido desde el dolor, el sufrimiento y la muerte, pero lleno de esperanza. Ese ser soy yo - reconoció, abrí la boca, al comprender lo que significaban sus palabras. Ella era la primera de su especie, la única.

## Capítulo 17

### **15 - El despertar del Caballero de Fuego.**

Caminé hacia ella y me senté a su lado, para luego coger sus manos entre las mías, dándole el apoyo que necesitaba para seguir contando aquella historia. Recién comprendía su dolor, lo sola que había estado durante tanto tiempo al darse cuenta de que era el único de su especie, teniendo que esconderse para que los demonios no descubriesen su existencia.

Por alguna extraña razón podía verla en mi mente, como si la historia de su vida, su pasado, estuviese entre los estantes de una librería. Entonces lo supe, ella y yo estábamos relacionadas, ya que en algunos espacios dentro del tiempo habíamos estado en la vida de la otra.

Ella sonrió, con calma, antes de continuar.

- Yetzer nació humano, al igual que tú – aseguró, eso me sorprendió demasiado – del amor entre una criatura de las nieves y un humano – asentí, sin saber aún cómo era posible que tuviese dos poderes dentro de ella. Pareció adivinar qué era lo que pensaba, porque dijo algo más – también yo descubrí que era algo más con el tiempo – asentí – Pero no era eso lo que querías preguntar al despertar, ¿verdad? – negué con la cabeza, y ella sonrió, aferrándose a mis manos entonces – Tú ya conoces la respuesta a esa pregunta, Varsha – negué con la cabeza, y ella asintió – Los Nyambs encuentran a su compañero una sola vez en la vida, porque ellos son los únicos bendecidos por su señor para traer a otros como ellos a este mundo.

- Él y yo ... - empecé de nuevo, observando la respuesta en mi mente. Él y yo estábamos destinados a estar juntos, a encontrarnos, a pesar de lo loco que eso podría parecer, pues él pertenecía al futuro y yo a otro mundo. Por esa razón su naiac me protegía, porque a pesar de no estar completa, era la mujer que él ... Me atraganté con mi propia saliva al ver esa respuesta a mi alcance, sin querer pronunciarla si quiera y mucho menos aceptarla.

- Lo supo después de estar completo, Varsha – tragué saliva, sin saber qué decir – cuál era su destino, a dónde nos llevarían sus decisiones y cómo sería la primera vez que os encontraríais. Porque... al igual que la diosa del amor, él también dispone de acceso a las profecías.

- Pero estas no le enseñan todo – me quejé, ella asintió.

- No todos disponemos de todas las respuestas, pero podemos hacer conjeturas y proteger lo que está por venir, ¿no crees? – acepté aquello – él ya sabía tu nombre incluso antes de que nacieses, Varsha.

- ¿Le mostraron mi aspecto? – quise saber. Ella negó.

- Las profecías no muestran rostros, sólo el poder que hay dentro de cada uno de nosotros, nuestras auras – lo comprendí, pues yo misma había presenciado todo aquello cuando tuve mi primera profecía en mi poder – pero él lo supo antes incluso de ver tu poder, tan pronto como cruzaste el portal y le confesaste tu nombre – sonreí con melancolía, recordando ese momento, antes de que todo comenzase – aunque pretendió no saberlo hasta que no tuvo más opciones de aceptar su destino. Él te ha protegido siempre, niña – la observé extrañada, pensando en ello – fue el que le dio a tu madre el poder de escuchar el agua para que pudiese salvarte tras tu nacimiento – entre abrí la boca, con sorpresa – el que protegió a tu padre, el que cuidó de ambos cuando llegaste a Rosewood – lo reconocí entonces, la voz que hablaba con mi padre cuando era una niña. Siempre cuidó de mí, porque sabía en lo que me convertiría más tarde.

- ¿Dónde está? – Pregunté con ansiedad, necesitaba verle, hablar con él, verle tan completo cómo él me vio a mí.

- Está liberando al ser al que pronto os enfrentaréis – tragué saliva, mientras ella sacaba de su túnica una botellita azulada que reconocí en seguida – el nauac os guiará hasta él – tan pronto como agarré este sentí esa fuerza penetrando en mi piel, una sensación que se expandía por cada poro de mi piel, bombeando con más rapidez mi corazón, acababa de darme cuenta de que eso que sostenía era parte del hombre con el que estaba destinada a estar. Me parecía irracional, era del todo mágico, fantástico, pues yo ni siquiera lo conocía, era imposible que sintiese algo por él. Pero era justo eso lo que sentía.

El miedo se expandió pronto por cada poro de mi cuerpo, el mismo miedo que su nauac sentía al desenlace que pronto tendría lugar. Pensé entonces en él, en lo que ocurriría después de acabar con la única cosa que había propiciado el nacimiento del ser que tenía delante de mí, incluso el Yetzer. ¿Qué sucedería con ambos después de que desapareciese el ser que desataría el caos de ese futuro? Si ese futuro nunca existía... desaparecerían todas las criaturas que estuviesen relacionadas con él.

Un pellizco se cogió en mi pecho al reconocer esa gran verdad a la que recién tenía acceso. Él se desvanecería, junto a su madre, tan pronto cómo nos hubiésemos librado del Caballero de Fuego. Eso era lo correcto. Pero ... si él realmente era mi destino... ¿cómo podía algo así suceder?

- Es la hora – dijo la diosa a nuestras espaldas, haciendo que yo mirase hacia ella, mientras la anciana volvía a presenciar la belleza que nos

rodeaba, como si sus ojos ciegos pudiesen verlo de alguna forma.

.

Sumergirme en aquel surco y aparecer al otro lado, en los bosques que rodeaban el palacio del agua, observando la batalla que tenía lugar a mi alrededor, sin tan siquiera poder pensar en la triste despedida de aquella anciana, que incluso me abrazó y me dio ánimos para lo que acontecería a continuación, observando a todos aquellos demonios allí, luchando fieramente contra los guerreros y otras criaturas que no había visto jamás, incluso Tlaloc estaba allí, mi propio abuelo, con espada en mano, luchando fieramente por defender su hogar, con un destello azulado en sus ojos, y una sonrisa triunfadora, acabando con todo aquel que se atrevía a enfrentarse a él.

Saqué mi espada y me preparé para la batalla, enfrentándome a esa serpiente que había visto una vez, que me atacaba con dos espadas al mismo tiempo, pero la corté por la mitad antes incluso de que hubiese decidido lanzarme la segunda espada.

Mi fiera forma de luchar sorprendió a algunos, incluso despertó la curiosidad de Tlaloc, que sonrió en cuanto me reconoció, pero a diferencia de lo que muchos pensaron que haría, siguió defendiendo su reino, sin mover ni un solo dedo para apresarme.

Ailein estaba en el centro, luchando junto a Yetzer, intentando alejar al caballero de fuego de su séquito, pues después de haber recuperado sus poderes lucía aterrador, resquebrajando el cuerpo en el que habitaba.

- ¡Madre! – quité cuando la sangre brotó de sus ojos, lágrimas de sangre, que hacían que temiese que ese ser pudiese dañarla antes de devolvérmela.

- Princesa, Varsha – reconoció aquel ser, atrayéndome a él con un solo movimiento, justo cuando Yetzer se colocaba entre ambos, agarrándome por los aires al vuelo. Sonreí al verle, estaba guapísimo.

Me miró y me complementó de una forma antes inexistente, pero no fue eso lo que me calmó, si no su sonrisa, conectándose con la mía. Miró entonces hacia la botellita que colgaba de mi cuello y luego hacia mí. La abrí y dejé que el nauac le rodease, reconociéndole como su igual, mientras yo me echaba hacia atrás y algunos curiosos observaban la escena, incluso el demonio al que nos enfrentábamos dejó de luchar, fijándose en la forma en la que aquella sustancia penetraba dentro de él, lo reconoció en seguida, había sido él, el ser que lo destruyó la primera vez.

- Te destruiré, maldita hormiga – amenazó a sus espaldas, pero no podíamos fijarnos en él, no cuando algo alteró mi corazón al presenciar el nauac dentro de él.

Las nubes se arremolinaron sobre nosotros, mientras nosotros no hacíamos otra cosa más que mirarnos, los fuertes truenos se escuchaban por el lugar, y los relámpagos lo iluminaban todo.

- Yetzer – se sorprendió Tlaloc al ver aquella chispa de luz dentro de él, reconociendo enseguida a ese ser que venía del futuro para salvar a la humanidad de un destino atroz, fijándose después en la luz que había dentro de mí, en la forma en la que conectaba con la suya, comprendiendo algo que había estado oculto a sus ojos durante mucho tiempo. Pero antes de decir nada más, todos pudieron ser partícipes, pues él me agarró de la nuca y se abalanzó sobre mis labios, creando en mí miles de sensaciones dormidas, haciendo que mis sentimientos se agolpasen y me demostrasen que era real, la conexión que sentía hacia él.

Y entonces lo vi, en mi mente, la información que llegaba a mi desde el futuro, esa que siempre estuvo a mi alcance pero que ni siquiera supe ver.

Nos encontrábamos en el interior de un lago, mirándonos, escuchando los calmados sonidos de la naturaleza a nuestro alrededor. Él estaba distinto, su mirada lo era.

- Tienes que relajarte... - le dije, apoyando mis manos sobre su pecho, sintiendo algo hacia él. Le amaba de una forma que no podía explicar en ese momento.

- No entiendo lo que dices, si ya ha pasado ¿Por qué no lo recuerdo?

- Porque aún no has estado allí. Pero irás cuando estés listo, cuando estés completo lo entenderás todo, y tendrás acceso a toda la información del universo.

- Dijiste que sólo puedo alterar los lugares en los que ya he estado, pero yo nunca he estado allí. Así que... ¿cómo podré hacerlo?

- Lo entenderás todo cuando encuentres tu nauac – contesté. Él no comprendía mis palabras en ese momento, pero sí sentía algo cuando yo le miraba. Hasta un ciego podría verlo.

- Tú y yo...

La tormenta estalló, haciendo que nos separásemos, dejándome algo desorientada, al comprender qué era lo que había visto, esa información

que necesitaba para comprender la razón por la que él vino a nuestro mundo. Fui yo la que lo guio hacia su destino. Y entonces... las palabras de su madre cobraron sentido "Algún día deberás enseñar todo esto"

No podía detenerme a pensar en ello, ni siquiera quería dejar abierta la puerta que conectaba mi mente con la yo del futuro, tenía trabajo que hacer, debía liberar a mi madre.

Apunté con mis manos hacia arriba, dejando que mi nauac abandonase mi cuerpo y crease una circunferencia azulada que nos protegiese de los demonios que querían llegar a su señor, que lo encarcelase en ese lugar que sería su propia tumba.

- ¡Ahora! – grité hacia Yetzer, haciendo que este dejase marchar también su parte mágica y se uniese a la mía, sabiendo que yo sería la única que podría controlar ambas.

¡Dios! Ni siquiera podía pensar en lo imposible que era sentir aquello hacia él, porque ni siquiera nos conocíamos, pero le amaba, tanto que parecía irreal. Una parte de mí lo sabía, que ese amor sólo estaba condicionado por esa conexión de mi parte mágica con la suya, nuestros nauac conectaban, justo como solían hacer los Nyambs para reconocer a su otra mitad. Pero aún tenía miedo de lo que sucedería cuando todo cesase.

Todo había estado preparado desde el principio para llegar hasta ese lugar. Él había viajado desde su futuro al pasado para salvar a la humanidad, para guiarme hacia él. De esa misma forma, yo viajaría al futuro para guiarle al pasado, hacia mí.

- ¡Estúpidos Nyambs! – gritó el caballero de fuego, abandonando el cuerpo de mi madre, que cayó al suelo inconsciente, mientras ese ser se alzaba sobre nosotros, cada vez más grande, formando una gran figura de fuego, para luego llamear toda la vegetación que había a nuestro alrededor, intentando alcanzarnos.

- ¡Varsha! – gritó él, haciendo piruetas por el aire, intentando huir de los ataques de ese ser – oblígale con el nauac – asentí, ordenando a nuestras fuerzas a que doblegasen a aquel ser, mientras él sacaba de la nada su espada, sorprendiendo a nuestro enemigo.

- ¡Hija! – escuché en medio de aquel caos, haciendo que dejase de prestar atención a lo que hacía y mirase hacia atrás, a cómo mi madre luchaba por mantenerse con vida. Corrí hacia ella e intenté socorrerla, pero entonces sus ojos se volvieron negros y se postró sobre mí, agarrándome del cuello, intentando estrangularme, haciendo que la bóveda azulada temblase, y que él mirase hacia mí, momento que el caballero de fuego aprovechó para tumbarlo de un solo golpe que lo elevó por el aire,

haciéndole caer sobre la tierra a metros de distancia.

Alargué la mano para intentar alcanzarle, mientras luchaba con todo mi ser por liberarme de los brazos de mi madre, quería vivir más que nada en aquel mundo, más después de haberle encontrado.

Nueva información llegaba a mi mente, algo que estaba sucediendo en otro espacio, su sonrisa plena, después de haber encontrado su nauac, conectando de una forma sobre humana conmigo.

- ¡Yetzer! – grité, desesperada, tan pronto como el caballero de fuego lo agarró con una mano y lo sostuvo por los aires, apretándole tan fuerza que él tuvo que gritar de dolor. Parecía estar haciéndole daño, y el nauac se desvanecía sobre nosotros - ¡No! – vociferé, tan pronto como él caía a la arena, totalmente inconsciente, mientras yo me ahogaba más y más.

"Tú eres la única que puedes salvarnos a ambos" – escuché su voz en mi mente, eso me hizo despertar.

Agarré las manos de mi madre y la empujé hacia atrás, sorprendiendo a aquel ser, que miró hacia ambas, justo cuando yo rompía a gritar, un grito tan desolador que hizo que muchos dejasen de luchar y se fijasen en aquella pelea.

Mis lágrimas caían por mi rostro y yo elevaba el nauac, obligando a mi madre a mirar hacia mis ojos, ahuyentando a esa cosa que aún vivía dentro de él, mientras una figura peluda se levantaba del lugar en el que había estado el hombre al que amaba. Era él, convertido en un demonio, que estaba dispuesto a vencer a aquel ser siendo lo mismo que lo idolatraba.

Miró hacia mí y pude ver sus ojos dentro de ese ser, a pesar de que el negro predominaba casi por completo. Se abalanzó contra su señor, con espada en mano, y luchó fieramente con él, mientras yo seguía en el suelo, observando la escena, justo cuando mi madre empezaba a despertar de su hechizo y miraba hacia su alrededor.

Yetzer gritó de dolor, y entonces lo supe, se estaba convirtiendo de nuevo en un hombre. Eso sorprendió a todos, incluso al ser que debía vencer, que bajó la guardia, y él aprovechó para clavar su espada en su corazón, haciendo que este se quedase sin palabras, con los ojos abiertos de par en par, estallando en mil pedazos que se fue convirtiendo poco a poco en cenizas que cayeron por todas partes.

Miré hacia arriba, observando a aquel hombre que me miraba, aún con su espada en la mano, intentando volver a respirar con normalidad, después de haber destruido al ser que podría destruir todo lo bueno que había en

el mundo.

Me tendió la mano, sonreí, feliz, justo cuando Tlaloc llegaba a nosotros y socorría a su hija, dispuesto a perdonarle todas sus faltas. Pero yo no podía reaccionar, no cuando veía como el hombre al que amaba se desvanecía frente a mí, él se percató en seguida, con sorpresa.

Negué con la cabeza, aterrada, poniéndome en pie, él sonrió, intentando calmarme, pero sabía que nada lo haría jamás.

Él no existiría jamás, pues habíamos destruido de este mundo, aquello que destruiría el suyo, la razón por la que él llegó a este mundo.

Me sentía tan perdida. Ni siquiera había tenido tiempo de disfrutar de su compañía, de lo que sentía por él, le había perdido antes de poder quedarme a su lado, antes si quiera de haber podido confesar mis sentimientos o escuchar los suyos.

Entonces las palabras de su madre llegaron a mi mente desde algún lugar de los distintos espacios de la esfera. Todo sucede de forma simultánea en lugares diferentes.

Volveríamos a vernos, aunque cuando eso sucediese, él ni siquiera sabría quién era.

## Capítulo 18

### 16 - El destino.

Allora al fin pudo vivir aquella vida que tanto ansió, quedarse al lado del hombre al que amaba, en los bosques de Rosewood, en una cabaña, en un mundo mortal. Pero eso también conllevó a decir adiós, a su hija, aquella a la que más amaba en este mundo, pero ella ya no podía volver a un mundo que para ella era de mentira.

Quedarme junto a mi abuelo, el dios Tlaloc, había sido mi decisión final. Era la única en mi especie, la única Nyambs que existía en aquellas tierras, y por eso, también la única sin una final feliz, ya que no existía ningún otro con el que alargar la especie.

Mi abuelo lo propuso millones de veces, crear más como yo, pero jamás quise escuchar sus palabras, no cuando había perdido a mi otra mitad. No podía aceptar a ningún otro hombre.

Sabía también que él jamás volvería, no existiría, no cuando su futuro ya no existía, al igual que el propósito por el que fue creado.

- Ya volvió una vez – aseguraba él, junto al gran cañón, con mis cabellos siendo mecidos por el fuerte viento. Sonreí hacia él, sabía que sólo intentaba hacerme sentir mejor.

- Nunca murió – contesté, mirando el hermoso lugar en el que vivía. Era egoísta pensar que para que ese hermoso lugar tuviese que existir, para que todos fuesen felices, alguien debía de ser infinitamente triste y desdichado – sólo se mantuvo al margen, esperando formar parte de los acontecimientos – él asintió, con calma, mientras mis lágrimas caían por mi rostro.

- Quizás deberías ir a ver a mi esposa – sugirió, miré hacia él, con sorpresa, pues a pesar de todo, sabía que él guardaba rencor hacia ella – supongo que hay faltas que quizás deben perdonarse – sonreí, al darme cuenta de lo que eso quería decir.

- ¿La dejarás volver? – quise saber. Él sonrió, sabía que mis intenciones eran buenas, era muy parecida a su hija, y no sólo en el exterior. Por algo era mi madre.

- Ella no puede volver – contestó. Eso me sorprendió, por lo que miré hacia él – un fenómeno extraño ha ocurrido en el norte – le observé, con interés – un tallo de rosal blanco ha empezado a florecer – sonreí, ilusionada, porque sabía perfectamente lo que eso quería decir – Puede que no sea nada, pero ella cree que puede tener relación – mis lágrimas

volvieron a caer, ante la sola idea de que la esperanza que algunos teníamos pudiese hacer nacer a aquella cosa que algunos aún esperaban – Hay una cosa que no te he dicho, Varsha – aseguró, mientras limpiaba mis lágrimas. Sabía que estaba orgulloso de mí, y sorprendido al mismo tiempo de estarlo, pues al principio pensó que era una amenaza y quiso matarme – cuando creé a los Nyamb lo hice pensando en el profundo amor que sentía hacia mi esposa, quería que tuviesen esa dicha, que existiese un destino entre ambos para estar juntos. Uno no puede existir sin el otro – tragué saliva, volviendo a sonreír – así que, si aún estás aquí, significa que él volverá algún día.

.

Abandoné el surco, atravesé el palacio de hielo y me detuve en el jardín de atrás, observando la enorme bóveda que rodeaba la ciudad, se estaba resquebrajando, por un lado, justo dónde ella se encontraba, junto a un alto rosal blanco, era hermoso y majestuoso. Sonrió al verme, negando con la cabeza después.

- No es ella – contestó, eso hizo que mi corazón doliese, saber que me había estado aferrando a humo, que él jamás volvería, a pesar de lo que mi abuelo dijese – sólo es la llegada de la primavera, un intento de mi esposo por hacerme volver – señaló hacia el hueco que había en la bóveda, en como el sol incidía sobre el hielo, derritiéndolo – al igual que tú, yo también he perdido algo muy querido.

- Él dice que volverá algún día, que un viajero no puede vivir si su alma gemela ya no existe en este mundo – ella sonrió, pero negó con la cabeza, acariciando mi mejilla para traerme paz, a pesar de que ella iba a darme malas noticias.

- Tú no eres una Nayamb, una parte de ti es humana – mis lágrimas aparecieron al pensar en esa posibilidad – pero quizás él tenga algo de razón – se fijó entonces en la luz que aún existía dentro de mí – el nauac sigue dentro de ti.

- Él volverá algún día – prometí, ella sonrió, apreciando el gesto, para luego mirar de nuevo al rosal, volviendo la vista al cielo, que seguía derrotando la bóveda.

- ¿De qué servirá que lo hagan? – preguntó al fin. La observé, sin comprender – Ellos ya no nos recordarán, Varsha – mis lágrimas aparecieron, porque ni siquiera había pensado en ello, pero tenía razón – si vuelven a nacer no tendrán recuerdos sobre la vida que vivieron a nuestro lado.

- Entonces... le haré recordar – aseguré, con decisión, porque me rehusaba a dejarle ir aún – y me quedaré a su lado por toda la eternidad

- ella sonrió, reconociendo una parte de ella misma dentro de mí.

.

El destino parece incierto si pierdes la fe, el paso del tiempo puede hacerte perder la esperanza, ocultarte de todos a los que amas es duro, pero necesario para seguir viviendo en un lugar que desconocías al principio, la única de tu especie que prevalece, con el destino de visitar distintas tierras, sopesando la necesidad de agua en ellas, llamando luego a los Tlaloques para que la dotasen de las lluvias que ansiaban. Un destino que quizás no muchos comprendan, pero después de haber perdido a mi otra mitad, sin poder creer las palabras de Tlaloc o de la diosa del amor, tan sólo necesitaba hacer aquello para lo que las de mi especie fueron creadas. Yo ya no tenía ni voz ni voto para hacer algo distinto.

Había pasado demasiado tiempo, mi aspecto había cambiado, quizás tuviese diez años más que cuando empecé aquella aventura, quizás más, pues los años humanos son distintos a los de Tlalocan. Pero tenía la apariencia de una jovencita de treinta y cinco, y no me arrugaría más gracias a la parte mágica que vivía dentro de mí. Eso era lo máximo que envejecía uno de nosotros.

Un ruido a las afueras de mi cabaña me hizo despertar de mis pensamientos, agarrar mi espada y salir al exterior. Sólo era él, mi abuelo, volvía para darme noticias sobre sus experimentos fallidos. No quería escucharlo, estaba cansada de tener fe. Las respuestas que ansiaba obtener se negaba a aparecer frente a mí, quizás era el propio miedo el que cerraba aquellas puertas, pues me aterraba descubrir un final en el que no pudiésemos estar juntos.

- Tu madre te manda saludos - sonreí, sabía que solía hacer eso para llamar mi atención. ¡Dios! Estaba tan cansada de que intentasen hacerme sentir mejor, ya hacía mucho que había perdido la esperanza de encontrar un compañero. A veces, me gustaría volver atrás en el tiempo, no haber descubierto nunca lo que era, y seguir siendo solo una joven de 23 años en la universidad, especializándose en biología molecular - Tu abuela también está preocupada - insistió, rompí a reír, cansada de todo aquello y me volteé para encararle.

- Diles a todos que estoy bien - me quejé - soy una Nyamb, sólo necesito un propósito.

- Estaba equivocado todo este tiempo, al intentar devolvértelo, Varsha - no quería hablar de eso, me traía dolor pensar en él. Me dolía tanto, que solía guardar mi esencia dentro de una botellita para que no se sintiese tan desamparada después de haber perdido a su otra mitad - él debe

nacer de la misma forma en la que lo hizo la primera vez.

- Por favor, márchate – rogué, haciendo que él se detuviese en sus propios pensamientos – ya no quiero que lo sigáis intentando más. Él no volverá, deberíamos hacernos todos a la idea.

Escuché un bufido detrás de mí, supe en seguida que había desaparecido, justo como solía hacer él. Volví a entrar en la cabaña y me recosté sobre la cama, agarrando la botellita que colgaba de mi cuello, dejando salir a esa parte de mí que me añoraba, dejando que penetrase en mi pecho, que me mostrase fragmentos del pasado que me hacían daño.

Mis lágrimas pronto salieron, en cuanto sentí la mirada de ese hombre al que añoraba cada día, su sonrisa, el inconfundible hoyuelo de su barbilla, dejándome vencer por el sueño, permitiéndome a mí misma volver a soñar con él de nuevo, ansiando algo que jamás recuperaría.

Levanté la vista en aquella oscuridad, dejando que las luces de la estancia se fuesen iluminando poco a poco, y al volver a mirar hacia adelante él estaba allí, sin camiseta, devolviéndome la mirada con esa sonrisa pilla que adoraba.

Acorté las distancias entre ambos y le besé, un beso tan familiar, tan similar al que nos dimos la primera y única vez, con el que me sentí libre y a salvo, dejándole algo desorientado. Me eché hacia atrás, buscando esa parte de él que necesitaba conectar con la mía. Recorrí la piel desnuda de su cuerpo con mis manos, buscándola, y entonces la hallé sobre la cicatriz de su pecho, intentando curarle. Sonreí, era él, estaba igual que siempre, en mis recuerdos siempre permanecería intacto.

- Siempre estarás aquí – me prometí a mí misma, acariciando su delicada piel, apoyando mi frente sobre la suya – eso será lo único que no me haga perder la cabeza.

- ¿Quién...? – comenzó él, pero apoyé los dedos en sus labios, no quería que dijese algo más, estábamos bien así, reconociendo sin estropearlo con palabras. No quería despertar y perderle aún, una realidad sin él era duro.

- Te amaré siempre, Yetzer – me observó entonces, sujetándome del brazo, haciendo que me fijase en él de nuevo – incluso si no regresas jamás.

Me agarró de la nuca antes de haber podido decir nada más y se aferró a mis labios, devolviéndome la vida, la fe, la esperanza, conectando conmigo de una forma que parecía irreal. Apoyé las manos sobre su rostro y me eché hacia atrás, quería volver a mirar hacia su hermoso rostro antes de despertar. Por un momento aquello no me pareció un sueño, y

eso calentó mi corazón de una forma sobrecogedora.

- Varsha – reconoció, como si fuese la primera vez que me veía. Eso me dio en qué pensar. ¿Y si lo era? ¿y si aquel sueño era algo real? Estaba pasando en mi subconsciente, pero ... ¿y si también sucedía en el suyo?

- ¿En qué lugar estás ahora? – quise saber. Él sonrió, al darse cuenta de que ambos habíamos llegado a la misma conclusión.

- Estoy en Tlalocán – informó, sonreí, fijándome en cada detalle de él, mientras él cambiaba el lugar que nos rodeaba, incluso su atuendo y el mío lo hacían. Miré hacia mi alrededor, recordaba aquella posada, la primera en la que nos quedamos al iniciar nuestra travesía - ¿has estado antes en este lugar? – asentí, dejando escapar mis lágrimas, al darme cuenta de lo que eso quería decir. Mi mente había conectado con la suya de alguna manera, nos había reencontrado en sueños, atravesando el espacio tiempo, a un momento en el que él había existido - ¿Estoy allí, contigo?

- Hay cosas que debes vivir por ti mismo – fue lo que contesté, recordando eso que él dijo una vez. Sonrió con amargura, sabiendo cuál era mi respuesta. No lo estaba. Mis lágrimas recorrían mis mejillas, y él tuvo que limpiarlas.

- Dejaré de existir en cuanto acabemos con el Xiutecuithli – bajé la cabeza, sin saber qué responder – En ese caso, quiero que guardes algo mío – pidió. Le miré, sin comprender – mi poder para entrar en los sueños de otros – le miré, sin comprender, mientras él miraba hacia el bolsillo de mi túnica, al mismo tiempo que lo hacía yo. Metí la mano y saqué una lágrima de cristal - ¿quién piensas que la puso dentro de tu profecía? – eso no lo había esperado – Si aún está contigo es que no me he ido del todo – le observé, sin comprender – encuéntrame, Varsha – besó mis labios entonces y desperté sobre mi cama.

## Capítulo 19

### **17 - Un viaje a otro mundo.**

Había descubierto una forma de recuperarle, y me agarraría a ella, a pesar de que hacerlo significase envolverme en un futuro incierto, ni siquiera estaba segura de si aquello iba a funcionar. Pero estar allí, de pie, debajo de la tormenta, con aquella lágrima en mi mano, rodeada por mi propia sombra azulada, con una única decisión en mi cabeza, no me daba ni un poco de miedo.

- Llévame hasta él – pedí hacia la nada, apretando el cristal en mi puño, para luego saltar dentro de aquel charco – sea el universo que sea, la realidad que sea.

El agua de aquel charco se sentía distinta a lo que estaba acostumbrada, algo bombeaba dentro de mi cabeza, tan fuerte que parecía que iba a explotar, me zarandeaba de delante hacia atrás, logrando que comenzase a ahogarme. Dejé caer su lágrima, haciendo que se perdiese en el fondo, y apoyé mis manos sobre mi garganta. Me asfixiaba, pronto moriría, podía sentirlo, mis pulmones se quedaban sin aire.

Fue entonces cuando una fuerza superior tiró de mis pies, haciendo que atravesase la superficie que había debajo y cayese sobre el otro lado, comenzando a toser, sofocada, agradecida de haberme salvado, viendo brillar a la luz de la luna un cristal que reconocía bien, agarrándolo de nuevo, levantando la vista, cansada, alcanzando a ver la nieve que me rodeaba, antes de caer inconsciente.

Quizás no lo había logrado, pensaba, en mi inconsciencia, siendo mecida por unos brazos fuertes. Seguramente estaría en el reino del norte, en la zona que aún se resistía a ser descongelada. Dejé escapar mis lágrimas, sintiendo entonces la calidez de un hogar calentando mi cuerpo.

Cuando abrí los ojos me encontraba en el interior de una humilde habitación, la chimenea calentaba la estancia, mientras yo rodeaba esta con la mirada, las paredes eran oscura, y los sonidos llegaban a mí cómo en eco, las ropas de la cama lucían algo desgastadas y había un fuerte olor a humedad en aquel lugar.

- Xiathic – escuché la voz de un niño, asomado a la puerta, mirando hacia atrás – ya está despierta.

Los pasos en ecos de una mujer mayor se escuchaban cada vez más cerca, sonreí en cuanto la vi, era ella, aquella anciana que conocí en el

pasado. Su madre, pero pude darme cuenta en seguida de que las cosas no eran como yo pensaba que eran. Pues su vista aún estaba en perfecto estado, con unos ojos tan azules como los míos. Era una Nyambs, ¿en qué momento se convirtió en otra cosa?

- Disculpa a Xiquilecuatēh – comenzó, agarrando un par de cuencos de la encimera, acercándose a la olla que tenía puesta al fuego, sacando un poco de lo que cocinaba con un cazo en uno de ellos, caminando después hacia mí – es demasiado escandaloso – me cedió el cuenco y esperó paciente a que lo bebiese. Estaba rico, era una especie de puré, pero no podía reconocer los alimentos de los que estaba hecho – aún es joven.

- ¿Qué es? – quise saber, terminándome aquella rica comida, dejando el cuenco vacío sobre sus manos.

- Es Cutolemet – justo cómo sospechaba no era algo que conociese, en lo absoluto - ¿vienes de las catacumbas del norte? – negué con la cabeza, mientras ella se fijaba en mis ojos, y luego asentía – No pensé que hubiese más criaturas como yo en este mundo.

- No soy de este mundo – contesté, al darme cuenta de aquella dolorosa realidad – el lugar del que vengo es un lugar dónde existen las estaciones. Existe un invierno, un verano, una primavera y un otoño – ella abrió la boca, asombrada, empezando a entender lo que quería decir.

- Espera aquí – pidió, poniéndose en pie con rapidez, marchándose por aquella puerta, discutiendo con alguien más en una de las otras habitaciones, hasta lograr traer a alguien más, un muchacho con el cabello anaranjado, que parecía herido, pues tenía una venda cubriéndole el torso.

- Mamá – se quejó él – aún estoy convaleciente, cómo para ...

- Es importante, ella viene del lugar que ves en tus profecías – él tragó saliva, levantó la vista, aún en la puerta y me miró. La calma se estableció en su pecho, y yo tuve miedo de que aquello sólo fuese un sueño, no quería perderle de nuevo, pero ese no era el lugar correcto, aquello parecía ser su pasado, el futuro que queríamos evitar. ¿Por qué había viajado a ese lugar?

Caminó hacia mí, dejando a su madre en la puerta y no quitó sus ojos de mí hasta que no se hubo sentado en la misma cama en la que estaba yo. Creo que podía verlo, lo que había dentro de mí, aunque yo no podía ver la suya aún. Quizás no había despertado aún.

¿Y si ese era mi destino, ayudarle a comprender lo que era? Quizás debía ser yo la que los enviase a ambos al pasado, a salvarnos, a conocerme,

quizás era yo la que lo inició todo y nunca antes lo supe.

Tragué saliva, intentando acallar mis temores y me fijé en la venda que había en su pecho.

- ¿Eres tú? – quiso saber, mientras yo tragaba saliva y me atrevía a acariciar los bordes de aquella venda, haciendo que él se quedase en silencio, sin atreverse a pronunciar palabra.

- Sí – acepté, dispuesta a reconocer mi propio destino – yo soy la que te guiará hacia tu destino – Metí la mano dentro de mi túnica y saqué el cristal, agarrando después su mano para cedérselo. En cuanto sus dedos lo tocaron se sintió distinto, dejando que esa parte de él recorriese su cuerpo – te devuelvo tu poder para entrar en los sueños de los demás – me observó sin comprender, mientras yo sólo sonreía - cierra los ojos – ordené – y siente tu poder aquí dentro – apoyé la mano en su pecho – busca las puertas hacia tus poderes, y cuando los veas no tengas miedo, ellos te guiarán hacia tu destino, Yetzer – abrió los ojos entonces, y me observó con detenimiento.

- Tengo preguntas – me dijo, asentí, en señal de que iba a responderlas – Tú eres la figura azul que aparece en el segundo tablero de ajedrez ¿verdad?

- ¿Por qué preguntas cosas que ya sabes? – bromeé, justo lo que él solía hacer cuando estábamos a la inversa.

- ¿Tendremos éxito? Quiero decir... ¿realmente acabaremos con el Caballero de Fuego? – asentí, con calma.

- ¿Por qué crees que estaría aquí de no ser así? – Me observó, sin comprender – Harás todo lo posible por mantenerme a salvo, por eso ahora, yo haré todo lo posible para guiarte en tu camino.

- ¿De verdad vienes del futuro? – quiso saber Xiathic a nuestro lado. Sonreí hacia ella, antes de contestar.

- En realidad, vengo del pasado – contesté, tragando saliva un momento – de un lugar maravilloso, porque tanto tu hijo como tú tendréis éxito en vuestra misión.